



La condesa de Sa Luis ha logrado recientemente, en el Teatro de la Princesa, la consagración de sus méritos literarios. Como conferenciante, se había hecho acreedora en otras ocasiones a las alabanzas más fervorosas; como autora de «Don Juan no existe» ha merecido ahora la bella dama el aplauso unánime del aristocrático auditorio congregado en el teatro de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

Fot. Kaulak.

Bodas

FUE en la Iglesia de San Marcos la boda de la bella señorita María Ramírez de Haro y Chacón, hija de los condes de Villamarciel, con don Fernando de Urquijo y Landeche, hijo de los marqueses de Urquijo.

Y fué esta boda un gratisimo acontecimiento para la Sociedad madrileña, que quiso asociarse a un acto por el cual se enlazaron dos familias ilustres, que a su abolengo grandes méritos personales.

El marqués de Villamarciel pertenece a la casa de Bornos, cuyo título ostenta hoy su hermano mayor, y está casado con doña María Ignacia Chacón y Silva, hija de los marqueses de Isasi, de la ilustre casa de Santa Cruz; el novio, es, como antes decimos, hijo del actual marqués de Urquijo, cuyo nombre nos habla siempre de patriotismo e inteligencia, y de doña Pilar Landeche y Allendesalazar, hija del ilustre arquitecto don Luis.

El templo, cubierto de rojos damascos y adornado con flores blancas, estaba totalmente ocupado por los invitados cuando, a los acordes de la marcha de Tannhauser, apareció en la puerta la esbelta figura de la novia, primorosamente vestida de brocado de plata, con magnífico velo de encaje de Bruselas, pequeña diadema de azahares y hermoso collar de perlas, regalado por el novio. Venía apoyada en el brazo de su padre y padrino, el conde de Villamarciel, que vestía uniforme de maestrante de Sevilla. Un precioso niño sostenía el largo manto; era Alfonso Urquijo y Landeche, hermano menor del novio.

Detrás venía éste ostentando uniforme de hidalgo de Madrid, con su madre y madrina, la bella marquesa de Urquijo, que llevaba elegante *toilette* de encaje de oro y plata, mantilla de Chantilly negro y collar de varios hilos de perlas.

Ya en el presbiterio, colocáronse a sus lados los testigos que eran, por la señorita de Villamarciel, Su Alteza Real el Infante don Fernando; sus hermanos el conde de Adanero y el marqués de Cambil; y sus tíos, los condes de Villaverde, Aybar, Campo de Alange y Bornos; y por don Fernando Urquijo, sus hermanos, los marqueses de Lorian y Bolarque; su abuelo, don Luis Landeche; el conde viudo de Albiz, y sus tíos, el marqués de Amurrio, don Juan Manuel Urquijo y don José Landeche.

Bendijo la unión el virtuoso sacerdote señor Sánchez de Rojas, capellán de la casa de los marqueses de Urquijo, que pronunció elocuentes palabras. Terminada la ceremonia, el tenor del Real señor Rosich cantó admirablemente un Ave María.

En el elegante hotel de los condes de Villamarciel se sirvió luego exquisita merienda, ayudando a sus padres en la difícil tarea de recibir a sus amigos las encantadoras señoritas Marichu, Inés y Conchita Ramírez de Haro, primorosamente vestidas y muy bellas; Isabel Urquijo, preciosa con traje de encaje, y las dos encantadoras señoritas de Aybar, a cuyo cargo estaba el *pastel de boda*, típico detalle inglés.

Con el Infante don Fernando, asistió a la ceremonia Su Alteza la duquesa de Talavera, que es prima hermana de la condesa de Villamarciel; pero no fueron a la casa por la reciente muerte de S. A. la duquesa de Génova, hermana del príncipe Luis Fernando de Baviera.

Entre la distinguida concu-

rrencia que asistió a la boda y fué luego al hotel de los condes de Villamarciel, figuraban la Princesa de Hohenlohe Langenburg; duquesas de San Carlos, Mandas, Unión de Cuba, Vega, Almenara Alta, Algeciras y Sueca;

Marquesas de Santa Cruz, Hoyos, Bendaña, Hinojares, Martorell, Zahara, Casa-Pontejos, Castejón, Espeja, Amurrio, Aymerich, Villadarias, Isasi, Jura-Real, Villatoya, Argüeso, Villanueva de Valdeza. Someruelos, Valterra, Triano, Salinas, Santo Domingo, La Guardia, Laula, Vega de Boecillo y Velada; condesas de

nestrosa, Rúsoli, Carvajal y Colón, Escobar y Kirkpatrick, Calero, Castelar, Jura-Real, Fernández de Córdoba, Villatoya, Escrivá de Romaní y Muguiro, Crespi de Valdaura, Alvarez de Toledo y Mencos, Monteagudo, Argüeso, Cayo del Rey, Zarco, Scláfani, Pelizaeus, Landeche, Bassa, Bustamante, Márquez, Lersundi, Costi, Jordán de Urríes (don Pedro), De Federico, Lanchecho (don José, don Manuel y don Adolfo), viuda de Escauriaza, Gandarias, Comyn y Allendesalazar, Martos y Zabálburu, Bonsons, Patiño y Fernández Durán, Silva (don Francisco), Fernández Durán y Queralt, Aznar, Valle de San Juan, Urquijo (don Juan Manuel), Maroto y Pérez del Pulgar, Ozores y Saavedra, Rózpide, López (don Dario), Melgarejo, Portugaleta, López Doriga y otras más.

Los nuevos esposos, que recibieron muchas felicitaciones, salieron para París y Londres. Les deseamos una eterna luna de miel.

EN la Capilla española de París se ha verificado la boda de la encantadora señorita Margarita Carrillo de Albornoz, hija de los Marqueses de Faura, con don Sebastián Díez Salcedo, de distinguida familia vallsolletana.

Bendijo la unión Monseñor Cerretti, Arzobispo de Corinto, Nuncio Apostólico de Su Santidad, quien pronunció una sentida plática en español, y leyó un cariñoso telegrama de Su Santidad, mandando su bendición especial para los contrayentes.

Actuaron como padrinos, el Ministro Consejero de la Embajada Marqués de Faura padre de la contrayente, y la madre del novio señora viuda de Díez Salcedo, y como testigos por parte de la señorita de Faura, el Embajador de España señor Quiñones de León, el Secretario de la Embajada conde de Jiménez de Molina, y el Ministro del Uruguay Doctor Guani, Presidente del Consejo de la Sociedad de las Naciones, y por parte de él, su tío el coronel Díez Serrano, el Marqués de Muñoz Baena y don Lorenzo Gómez Quintero.

La novia lucía valiosísimo traje de encaje de Inglaterra y *tissú* de plata, cuya cola era llevada por una encantadora parejita: Pilarcita Carrillo de Albornoz, y Pierre Arauzi.

Durante la ceremonia, una notable artista española, cantó escogidas composiciones. La iglesia, llena de lo más selecto de la colonia española e hispano-americana, presentaba un brillante aspecto.

La ceremonia revistió un carácter marcadamente español, por su concurrencia y por el decorado del altar encuadrado con banderas nacionales. Terminada la ceremonia, se celebró una gran fiesta en casa de los marqueses de Faura, donde una *jazz-band* hizo las delicias de la juventud, que bailó animadamente.

Siendo imposible recordar los muchos asistentes, diremos tan solo que desfilaron una nutrida representación del Cuerpo diplomático, el alto personal de la Embajada española, alcalde de París y muchas distinguidas damas españolas y americanas como la marquesa de Cárdenas de Montehermoso, la de Casa-Mauri y otras. Reciban los nuevos esposos nuestra más cariñosa felicitación.

OTRA boda. En la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores se celebró la de la bella señorita María de la Paz Segovia con don Enrique Escobar.

Fueron padrinos doña Carmen Segovia, hermana de la novia y don Enrique Escobar padre del contrayente, actuando de testigos, entre otras personas, don Mariano Rumayor, don Francisco Medina y don Francisco Segovia.

Hacemos votos por la ventura de los nuevos esposos.



La bella señorita María Ramírez de Haro y Chacón y don Fernando de Urquijo, después de su boda.

Aguilar de Inestrillas, Paredes de Nava, Peña Ramiro, Aybar, Fontanar, Alcubierre, San Martín de Hoyos, Albiz, Montefuerte, Casal, Campo de Alange, Puerto, Guimera, Eril, Mayorga, Orgaz, Viuda de Campo de Alange, Bornos, Villariego, Sástago y Scláfani; Vizcondesas de Val de Erro y de Cuba; baronesa de Torrellas.

Señoras y señoritas de Xifré, Falcó y Alvarez de Toledo, Martínez de Irujo, Gor, Piñeiro y Queralt, Comyn (D. A.), Travesedo y Bernaldo de Quirós, San Millán, Roda, Fernández de He-



Los nuevos señores de Urquijo con sus padrinos y testigos.

Fotos Marín.

LA VIDA MADRILEÑA

Comidas diplomáticas.

LOS Embajadores de Bélgica dieron recientemente en su residencia una comida en honor del presidente del Directorio, marqués de Estella.

En torno de la mesa, elegantemente adornada con centros de plata y tulipanes rojos, se sentaron además de los barones Borchgrave, el embajador de Francia, vizconde de Fontenay, los Príncipes de Ligne; el marqués y la marquesa de Urquijo, el duque y la duquesa de la Unión de Cuba, la duquesa de Santa Elena, el marqués y la marquesa de Torre-Hermosa, la señorita de Bertrán de Lis, el duque de Tetuán y el marqués de Torres de Mendoza.

El ministro de Suiza, señor Mengotti, ha dado un almuerzo a algunas de sus amistades.

Entre los comensales figuraban los embajadores de Inglaterra y de Italia; el eminente profesor y jurisconsulto suizo señor Max Huber, perteneciente al Alto Tribunal Permanente de Justicia de la Haya; subsecretario de Gobernación; el general Gómez Jordana; el ministro plenipotenciario señor Aguirre de Cárcer; el señor F. Rohr; el señor Gurney, consejero de la Embajada de Inglaterra, y el señor Broye, secretario de la Legación de Suiza.

En la Legación del Brasil se celebró una comida, con la que el ministro de dicha nación y la señora de Lima e Silva obsequiaron a algunas personas de nuestra sociedad y del Cuerpo diplomático extranjero.

Con los dueños de la casa fueron los comensales la Marquesa de Medina; el ministro del Japón, conde Hirosova; el ministro de Cuba, señor García Kolhy, y su encantadora hija Mrs. Harris; el encargado de Negocios de los Estados Unidos y monsieur Jhonson; don Fernando Aguilar; el encargado de Negocios de Polonia, señor Jarenski; el encargado de Negocios de Méjico y la señora de Reyes; la señora viuda de Núñez de Prado; Mrs. Martín, sobrina del embajador de los Estados Unidos; el agregado comercial de Suecia, la señora de Bergius y su sobrina, la señorita de Castro Feijóo; el señor Paranagua y el agregado comercial de la Legación del Brasil.

También el ministro del Salvador y la señora de Fuentes obsequiaron con una comida en el Ritz a algunas de sus amistades. Entre los invitados figuraban la señora viuda de Baiter, el conde de la Mortera y su encantadora hija, Gabriela Maura; la señora doña Carmen Valera de Serrat, don Ignacio Baiter y su esposa, y el ministro de Portugal, señor Mello Barreto.

En casa de los señores de Fernández de Alcalde :

En la residencia del doctor Fernández de Alcalde y de su bella esposa se ha celebrado un almuerzo en honor del cardenal primado de Toledo, monseñor Reig y Casanova, como recuerdo del último viaje a Roma del ilustre purpurado.

En la mesa, adornada artísticamente con flores rojas, ofrecíase a cada uno de los invitados caprichosas cajas de plata y esmalte.

En torno a los señores doctor Reig y monseñor Tedeschini, nuncio de S. S., que presidían, tomaron asiento, entre otros comensales, el patriarca de las Indias y el obispo de Madrid-Alcalá; las marquesas de Figueroa y viuda de Villanueva; y los señores Mello Barreto, ministro de Portugal; duque de Tovar, marqués de Figueroa, Francos Rodríguez y comandante Baquero, adhiriéndose por telégrafo al homenaje del doctor Gandasegui, arzobispo de Valladolid.

Los señores de Fernández de Alcalde, con su amabilidad proverbial, hicieron los honores a tan ilustres personalidades.

No hay que decir cuan gratamente transcurrieron las horas en la elegante residencia del cada día más simpático matrimonio.

En la residencia de los marqueses de Tenorio.

Se ha celebrado una reunión muy agradable en la residencia de los marqueses de Tenorio. Se organizaron varias partidas de *bridge* y fueron obsequiados los concurrentes con un espléndido te.

Entre las personas que asistieron figuraban el embajador de Italia, marqués Paulucci di Calboli; el Ministro de Suecia y la señora de Bostrom, el de Suiza y la Señora de Mengotti, el de El Salvador y la señora de Fuentes; duquesas de San Carlos, Medinaceli, Sueca y Vistahermosa; marquesas de Viana, Ivanrey, Belmonte,



Don Juan Gualberto López Valdemoro y Quesada, conde del Donadio de Casasola y de las Navas, se ha recibido hace pocos días Académico de la Española con un bello discurso sobre «La conversación». La docta casa ha realizado un acto de justicia llamando a su seno al erudito bibliotecario de Palacio y catedrático de Paleografía de la Universidad Central. Sus numerosas producciones referentes a los más varios ramos del saber, desde la liturgia y la disciplina eclesiástica hasta la avicultura; sus condiciones de literato, bibliófilo, conversador ameno y hombre de sociedad, hacen del conde de las Navas figura relevante de las letras y la aristocracia española. Monárquico ferviente, pocos saben tanto como él en materia de etiqueta palatina y de las colecciones artísticas y bibliográficas de la Real Casa.

Martorell, Riscal, Salinas, Arriluce de Ibarra, Alhucemas, Argüelles y Selva Alegre; condesas del Puerto, Medina y Torres, Gimeno, Requena y Fuenteblanca; vizcondesas de Fefiñanes y Torre Almiranta, y señoras y señoritas de Figueroa y Bermejillo, Caltavuturo, Núñez de Prado, Sáenz de Vicuña, Albert Despujols, Carvajal y Quesada, Hoces, Heredia (Concepción), Mendivil, Martínez de Irujo, Pereira, Castro y Casaleiz y Lastra.

También estaban el expresidente del Consejo, señor Sánchez Guerra; los exministros Duque de Almodóvar y Salvatella, y los marqueses

de Belmonte, Torrelaguna, Vinent, Torres de Mendoza y Selva Alegre.

En honor del Nuncio : de Su Santidad :

En el Palacio de los duques de Parcent se ha celebrado un almuerzo en honor del Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini.

Además de los duques y sus hijos, los Príncipes de Hohenlohe, asistieron el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el exministro don Luis Silvela, los duques de Santa Lucía, los condes de Casal, marquesa viuda de la Rambla y don Miguel Asúa, entre otros.

La duquesa de Parcent y los Príncipes de Hohenlohe, con su hija Francisca, marcharon días después a Ronda.

Una reunión elegante.

En casa de los condes de los Corbos marqueses de Camarena la Real, se celebró el domingo último una animada reunión, a la que asistieron muchas personas conocidas.

Entre otras damas figuraban las marquesas de Albaserrada, Hermosilla, Cuevas del Rey, Castillo de Jara, Movellán, Torrelaguna, Selva Alegre, Velasco y viuda de este título; condesas de Francos, Encina, Cedillo, Ardales del Río y Medina y Torres, vizcondesas de Val de Erro y San Antonio, y señoras y señoritas de Cedillo, López Montenegro (don José y don Pedro), Escrivá de Romani, Chávarri, Querol, Maquieira, Manso de Zúñiga, Cejuela, Cárdenas, Madariaga, Oruña, Portillo, Reynoso, Perales, viuda de Despujol, Villapellín, Figueroa y Bermejillo, Despujol y Sabater, Martínez del Rincón y Cavestany.

También asistieron el ministro de Portugal, señor Mello Barreto; el duque de Medina de las Torres; marqueses de Movellán, Cuevas del Rey, Torres de Mendoza, Torrelaguna, Selva Alegre y Velasco; condes de Francos y Cedillo; barón de Adzaneta, vizconde de San Antonio y muchos más.

Los condes de los Corbos, que obsequiaron a sus invitados con un bien servido te, hicieron los honores de su casa con la amabilidad en ellos característica.

Comidas y funciones de moda :

Los viernes de la Princesa y los sábados del Real siguen siendo los predilectos de la Sociedad madrileña; tanto como las comidas de los lunes del Ritz.

En la Princesa vimos la otra noche, en un palco, con la duquesa de Medinaceli, la marquesa de Casa-Torres y señores de Mora (don Gonzalo); con la duquesa de Pastrana, la de Andría y la señorita de Rodríguez de Rivas; con la condesa de la Maza, las señoritas de Falcó y de Castellanos; duquesa de Plasencia, marquesa de Santa Cruz y señorita de Camarasa; marquesa de Aldama y condesa de Florida Blanca; marquesa de Viana y condesa del Puerto; marquesa de Urquijo, duquesa de Unión de Cuba y marquesa de Villatoya; marquesa de Tenorio y señoritas de Elósegui; señora de Próctor y viuda de Castro Casaleiz; el jefe del partido liberal-conservador, señor Sánchez Guerra, con su señora e hijas; marquesa de Argüeso e hija; marquesa de Santa Cristina y señora de Basa; duquesa de Santa Cristina, marquesa de San Miguel de Hajar, condesa de Sierrabella y señorita de Medina Sidonia; marquesa de Argüelles y baronesa de Velli; marquesa de Seijas y señora de Núñez de Prado; vizcondesa de Fefiñanes, condesa de Vilana y marquesa de Bondad Real; condesa de Casal, marquesa de Torre Hermosa y señoritas de López Roberts y Escrivá de Romani; vizcondesa de Altamira y señora de Sartorius (don Luis); duquesa de Valencia y viuda del mismo título, marquesa de Espeja y vizcondesa de Cuba; marquesa de Cavalcanti, señora de Mille y señorita de Pardo Bazán.

También estaban las señoras y señoritas de Vellido, Fernández Alcalde, Rodríguez de Rivas, Martínez de Irujo, Hornachuelos y muchas más, que harían la lista interminable.

RECUERDO HISTÓRICO DEFENSIVA EN EL NORTE

V
CABRERISTAS.—GUETARIA

HECHOS importantes habían tenido lugar en Navarra y muy principalmente en Guipúzcoa, cuando el General en Jefe del Ejército del Norte, obligado por los clamores del Gobierno y de la opinión, se encontraba en Madrid.

Desde mediados de Abril y para apoyar los movimientos de partidas cabreristas, que con objeto de dividir a las huestes de Don Carlos, se decía debían de entrar en España por los Valles del Bajo o Alto Bidasoa se procuró en las maniobras sobre el Esquinza y en las de Loma en Mena, atraer la atención del enemigo, al mismo tiempo que se enviaban a Irún buen número de fusiles y de municiones, ordenando se acercasen a este lado de la frontera un batallón del Rey y fuerzas de Miqueletes.

Ya en el mes de Mayo se acentuaron los rumores y la entrada de los partidos parecía segura por las montañas Navarras, en cuyas asperezas nace el río Arga.

En vista de esto, la brigada Goñi del 1.º Cuerpo, situado a vanguardia en la Sierra del Perdón, recibió órdenes de avanzar desde sus cantones, Legarda y Urtega, sobre su derecha, en dirección a Urroz y el Valle del Irati, para después girar sobre su izquierda y marchar hacia las riberas del Ulzama, inmediatas a Pamplona, simulando desde allí seguir los caminos que conducen a los picos de Vélate y Otsondo, con 4 batallones, 2 compañías de tiradores del Norte, 4 piezas de montaña y 2 escuadrones.

Para ocultar estas maniobras al enemigo, el 2.º cuerpo se dispuso a realizar un simulado movimiento sobre Lorca y Laca, Alloz, Murillo y Villatuerta.

Pero conociendo los carlistas el plan y la causa de él, comenzaron a concentrar en Guipúzcoa, en el Oria, numerosas fuerzas, y trataron en Navarra de cruzar a la orilla izquierda del Arga, por Ibero y sus inmediaciones, con objeto de atacar la retaguardia de Goñi, al mismo tiempo que Pérula, en Salinas de Oro, caía de flanco, sobre la expedicionaria brigada.

Reunidos en Legarda 12 batallones, 2 baterías de montaña y 2 montadas y el regimiento de caballería de lanceros y tiradores de Lusitania, acudieron estas tropas a impedir el intento del enemigo de pasar el Arga. Apoyadas las fuerzas en la Sierra del Perdón, extendieron su izquierda hasta Echarrí, en donde el avance del regimiento de infantería de Zaragoza, de la brigada Cortijo, apoyado por una batería montada de 8 centímetros, hubo de ser hostilizado por el batallón castellano faccioso Almogábarez del Pilar; al mismo tiempo que la derecha, formada por la brigada Pino, atravesaba el puente de Arazuri, y envolviendo los pueblos de Ibero y Orovio, sostenía intenso tiroteo con el enemigo.

La brigada Goñi, tras de pelear bien con los facciosos de Pérula, regresó sin ser molestada, y las tropas todas, entonces, volvieron sus cantones, sin que las fuerzas expedicionarias hubiesen logrado avanzar lo que el Alto Mando había ordenado, ni tampoco ver las cabreristas partidas en cuyo apoyo iban, porque éstas, que quedaron reducidas a un puñado de hombres, al pasar la frontera, fueron desarmados por los carlistas fieles a la Causa.

Todavía y con el mismo objeto, hubo de operar la brigada Goñi por Monreal y Sangüesa,

pero sin resultado alguno. Más importante era lo que en Guipúzcoa sucedía.

Como el Gobierno deseaba concentrar en Aragón, Valencia y Cataluña el mayor número posible de tropas, con objeto de terminar, en estos territorios, la guerra, en el más corto plazo posible, y como la línea liberal del Oria, por su situación topográfica, estaba dominada por los carlistas, que disponían de mayor número de fuerzas y de mejor y más artillería, y como no fuese posible el reforzar a la división de Guipúzcoa, fatigada por un continuo y duro servicio; el Ministro de la Guerra, en intervención directa con esta Región, decidió ordenar a su Comandante en Jefe Don Ramón Blanco, abandonase la línea del Oria, «limitándose, dice Don Agustín Fernández de la Serna en su obra titulada «Primer Año de un Reinado», a asegurar la posesión de Guetaria, construyendo al efecto un fuerte en el promontorio del faro para apagar los fuegos de una batería Carlista establecida en el Monte Gárate y conservar me-

comunicaciones con San Sebastián; en Hernani y sus fuertes, un batallón; en Igueldo 3 compañías que cubren las comunicaciones con Orio; en Pasajes, Rentería y sus fuertes, un batallón, y en Irún, sin más comunicación tampoco que por el mar con San Sebastián y Guetaria, 3 batallones.

Los carlistas, en número de 16 batallones, mandados por Egaña, ocupaban la posición central que les permitía moverse, con la mayor rapidez, por líneas interiores y reunir en un momento dado, gran número de fuerzas en el punto que más les conviniese atacar; en tanto que Blanco, que ocupaba la circunferencia, tenía que tener guarnecidos todos los puntos en condiciones de poder sostener una fuerte lucha, que diera lugar a la llegada de refuerzos; y esto traía consigo el que las tropas liberales no cesasen en una continua movilidad y perpetua vigilancia que, infaliblemente y a corto plazo, tenía que aniquilarlas por completo.

Además la línea liberal del Oria estaba por su izquierda envuelta y para acudir a las posiciones que pudiesen verse atacadas, no se podían concentrar, después de cubiertos todos los servicios, más de 9 batallones.

En estas circunstancias tuvo lugar el ataque de Guetaria, el principio de aquella ofensiva que daba como segura la presenoria, cerca del Oria, de 10.000 facciosos, castellanos, cantabros y guipuzcuanos, con artillería superior en alcance y calibre a la Plasencia y que tenían a su frente a Don Carlos de Borbón y a los Generales Iturbe, Egaña y Mogrovejo.

Mediaba la noche del 13 de Mayo y la más profunda obscuridad envolvía el recinto de Guetaria, cuando un estruendo formidable ensordeció el espacio y fué a perderse en el Cantábrico. Por efecto de una mina colocada por los carlistas, parte de la muralla, y al lado de la puerta, había volado. Después y sin tardar, desde el macizo montañoso que domina Guetaria, en cuyo centro se eleva el Monte Gárate, 20 piezas rayadas de artillería facciosa, de 7 y de 12 centímetros y 2 morteros, abrieron, sin previa intimación, sobre la pequeña Villa un fuego destructor.

Despertaron espavoridos los habitantes entre el extrépito del bombardeo, el incendio y el desplomo de los edificios, y la exigua guarnición acudió presurosa a las armas.

Al resplandor de los fogonazos de fusiles y de cañones y al fulgor de las llamas que calcinan las casas, confundidos con los medrosos moradores que abandonan sus hogares, 240 hombres del regimiento del Rey y un puñado de carabineros, de guardias civiles y de voluntarios, se distribuyen por la muralla y tapan con sus pechos el abierto muro; los artilleros disparan, desde sus mal defendidas baterías, las dos únicas piezas emplazadas de 8 y de 12 centímetros y una sección de Ingenieros, Zapadores-Minadores, abrasados por los incesantes disparos del enemigo, se disponen, con heroísmo sublime, a cerrar la abierta brecha. Allí, en medio de los tiros y de las bombas que estallan, porque los carlistas tienen situada una batería a 350 metros de la población, que concentran sus fuegos en la brecha, los zapadores que trabajan o caen muertos o heridos al lado de sus camaradas los bravos soldados del Rey.

Y así amanece; y con las primeras luces los cañones de la corbeta «Consuelo», que está de crucero, unen sus esfuerzos a los de la artillería de tierra, dando lugar a que arribe la división naval, que ha sido llamada y que navega a toda máquina desde San Sebastián.



Infantería carlista.

por las comunicaciones de San Sebastián con Irún.

Una vez hecha la retirada, se dispondría el embarque en la capital de Guipúzcoa, de algunos batallones para que fuesen trasladados al Centro.

No era fácil la maniobra si se había de sostener firme el buen espíritu de la tropa, pues los facciosos, conociendo todo lo ventajoso de sus posiciones, no cesaban en sus continuos y duros ataques. Momentos había en que fraternizaban los soldados alfonsinos y carlistas, pero otros resultaban atrocemente sacrilegos, como lo fué el hecho de hacer prisionero los facciosos, con el «Copón» y la «Sagrada-Forma», al Vicario de Irún que fué a Oyarzun a administrar el «Viático».

Blanco, desde el 17 de abril, en que se hizo cargo del Mando por pase del general Loma al Valle de Mena, tenía a sus órdenes, descontando el batallón de cazadores de Estella, que marchó con el trasladado Comandante en Jefe, 14 batallones (uno de ellos el de Miqueletes) y 14 piezas de Montaña, reforzadas éstas después, con una batería montada Krup de 10 centímetros.

Estas fuerzas estaban distribuidas; 4 compañías en San Sebastián y fuertes inmediatos y 4 en Guetaria, sin más comunicación estos puertos que por el mar; en Orio 4 batallones y 3 compañías con 12 piezas, cubren la cabeza del puente, las posiciones de ambas orillas del Oria y las comunicaciones por Mar; en Usúrbil 4 batallones y 5 compañías defienden los puestos muy próximos, las avanzadas de Lasarte y las

Ya de día claro y cuando la niebla desaparece de la montaña-fortaleza carlista, se ven las facciosas baterías, cuya metralla amenaza con su estrago la destrucción de Guetaria.

En lo alto del Monte Gárate, en el fuerte central, se destaca, entre el humo de los disparos, un grupo de brillantes uniformes. Es el Pretendiente a la Corona de España, el rival dinástico de Don Alfonso XII, rodeado de su E. M. y Cuartel Real, que atento mira, como desde un trono, los efectos de sus cañones.

A las once de la mañana, navegando al Oeste y a las órdenes de Sánchez Barcaiztegui, aparece la ansiada escuadra de operaciones, compuesta, para la maniobra que se efectuaba, del «Africa» y del «Nieves», del «Segura» y del «Gaditano». Las naves de guerra atraen ahora el fuego de las baterías carlistas, y la artillería de los fuertes es, instantáneamente, enfilada a los buques que, a su vez, se preparan también a combatir. Atracan las naves en situación de hacer lo más eficaz posible el tiro y se rompe el fuego...

A las doce estaba en toda su plenitud aquel formidable duelo de artillería.

Verdaderas ciudadelas llamadas son cada uno de los fuertes situados en la dominadora montaña y los barcos flotantes castillos cuyas andanadas devuelven con creces el extrago que reciben. Un humo espeso, cual densa cortina, impide verse a los combatientes; pero es simultáneo su atroz destrozo. Y si las navales explosiones arruinan parte de los fuertes y demontan las piezas, trocando muchas defensas en revueltos y sangrientos escombros, los costados, cubiertas, chimeneas, puentes y tambores de las naves, sufren también tremendas averías y no pocas bajas.

A las dos, se suspendió el fuego y desatracaron los buques para que los hombres comiesen, y a las dos y media otra vez retumbó el cañón, tirando ahora los barcos también sobre Zarauz y sobre Zumaya.

A las cinco cesó la pelea que quedó indecisa, porque la escuadra no logró definitivamente apagar los fuegos de las facciosas baterías; y la división naval se retiró haciendo rumbo al Este con dirección al desemboque del Oria.

«El Jefe de la Escuadra, —dice la «Narración Militar de la Guerra Carlista»—, marchó a Orio con objeto de conferenciar con Blanco y preparar el ataque del día siguiente. De acuerdo ambos, convinieron en reforzar aquella misma noche la guarnición de Guetaria y el artillado de sus fuerzas». Horas después las embarcaciones, con los precisos refuerzos para la plaza asediada, zarpaban de San Sebastián, remolcados por el «Nieves» y el «Guipuzcuano» con rumbo al destino marcado. Era preciso que el desembarco se verificase aprovechando la noche para evitar de este modo la hostilidad del enemigo.

Entre tanto que esto sucedía y a las dos de la madrugada del 15, considerando los carlistas practicable la abierta brecha, que los ingenieros no había podido todavía cerrar, lanzaron al asalto un batallón guipuzcuano que, a los gritos de ¡Viva Carlos VII!, arremetió con formidable empuje.

«Pero si decidido fué el esfuerzo, —escribe Pírala—, no lo fué menos la resistencia desde la muralla y desde los parapetos construidos detrás de ella... Al grito de ¡Viva Alfonso XII!, aquel puñado de bravos, que arenga su jefe el Comandante Militar de la Plaza Sr. Palacios,

cubren de muertos y heridos facciosos el pie de los arruinados muros...

Retiranse los carlistas; pero de nuevo, ya entrada la mañana, vuelven a la carga, para ser otra vez rechazados en lucha desesperada.

Entonces llegaron los ansiados refuerzos; 2 compañías del regimiento del Rey, una sección de Ingenieros, algunos artilleros, 3 piezas de gran calibre y los jefes de tierra y de mar, Blanco y Sánchez Barcaiztegui con el Alto Mando.

Como era ya de día cuando los barcos anclaron, tuvo que hacerse el desembarco bajo el fuego del enemigo.

Sin embargo, ya los facciosos estaban vencidos y las tropas auxiliares no fueron precisas en la defensa.

Más de 30 horas habían luchado, sin cesar, los defensores de Guetaria y la heroica y abnegada cuna de Elcano, había recidido 1.600 bombas y granadas, que habían arruinado la población. No obstante, los bizarros zapadores lograron, el 15, antes de que cesase del todo el fuego, cerrar la brecha de la muralla.

Tomó el mando de la plaza el Teniente Coronel de Ejército, Capitán de Ingenieros, Don Pedro Llorente que, sin pérdida de momento, empleó todos sus esfuerzos en extinguir los incendios, reparar los grandes destrozos ocasionados por el cañón enemigo y enartillar el alto de San Antón.

Todavía los carlistas continuaron hostilizando, hasta que el día 18 terminó, por entonces, el bombardeo, retirando los facciosos su artillería.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

DOS BRILLANTES FIESTAS ARISTOCRÁTICAS

En la residencia de los condes de Heredia Spinola :

Uno de los últimos días que permanecieron en Madrid las Princesas de Salm Salm, celebróse en la suntuosa residencia de los condes de Heredia Spinola un brillante baile, que fué honrado con la presencia de los Reyes, del marqués de Carisbrooke y de aquellas Princesas.

El Palacio de la calle del marqués del Duero, en el que la elegancia, la riqueza y el arte viven en feliz consorcio, fué incomparable fondo para una fiesta como esta en la que se congregó lo más selecto de la Sociedad madrileña.

Las augustas personas fueron recibidas por los condes de Heredia Spinola y sus hijos.

La Reina Victoria, bellísima siempre, realizaba su natural elegancia con un traje de terciopelo negro, propio del luto de Corte, cuya cola prendía al lado con un lazo de brillantes. De estas piedras eran la magnífica *riviere* que adornaba su busto y la diadema que coronaba su cabeza.

De negro vestía también la Princesa de Salm Salm, y de blanco sus bellas hijas. De frac iban, con bandas, el Monarca y su augusto hermano.

Pronto, a los acordes de la orquesta Boldi, comenzó el baile, que iniciaron Sus Majestades, y que resultó animadísimo.

En torno a las encantadoras Angustias y Pilar Heredia Spinola, vestidas de color malva, se reunieron las muchachas, formando delicioso conjunto. La animación se adueñó de ellas, y puede decirse que ya no cesaron de bailar en toda la noche, y que no dejaron de divertirse.

La camarera mayor de la Reina Cristina, que vestía también de negro, luciendo una verdadera cascada de hermosas perlas y la insignia de dama de Su Majestad, atendía con gran cordialidad a sus invitados.

Otras damas lucían también bellas *toilettes*.

Si llamaba la atención el elegantísimo traje de blanco crespón orlado de plumas de avestruz, dechado de exquisita sencillez, que llevaba la marquesa de Aranda, no eran menos admirados el vestido malva de la bella Princesa de Hohenlohe y el blanco bordado en cristal de la encantadora condesa de Salinas.

También merecían elogios el lindo traje hortensia, adornado de piel, de Livita Fernán-Núñez; el azul Sevres, de Paloma Montellano; el rosa, de Isabelita de Urquijo, graciosa y alegre; y el blanco de la preciosa Tita Muguero, tan elegante como su hermana Malén.

Elegantísimos también: el de Belén Argüeso, de negro, con bordados de corales, la condesa de San Martín de Hoyos; de azul, con adornos de piel, Trina Jura Real; muy bellas asimismo la duquesa de Algeciras y la señorita de Areces.

En el grupo de muchachas figuraban también, con todo el prestigio de la juventud, la vizcondesa de Peña-Parda, la señorita de Castellodorsius, a quien acompañaba su tía la marquesa de Comillas, y las señoritas de Floridablanca, Márquez, Tacón, San Millán, Navarro, Fernández Villaverde, Silva y Mitjans, Alcázar, Alvarez de Toledo, Delgado, López-Dóriga, Olivares, Ozores, Borghetto, Ibarra, Villatoya, Tovar, Vega, Santos Suárez, Muguero y Herrera-Dávila, Carvajal, Vega de Boecillo, Fernández de Henestrosa, y Le Motheux, Camarasa, Escobar, y Kirkpatrick, Villamarciel, López Roberts, Travesedo, Portugaleta, Calta-vuturo, Rodríguez de Rivas, García Loygorri y Martínez de Irujo.

Con el animado baile alternó la cena. S. M. el Rey se retiró antes por tener que madrugar.

En el comedor, cuyos muros visten antiguos paños de terciopelo, festoneados de oro, y sobre cuyos altos frisos de madera destacan bandejas de plata repujada, sirvióse la cena a la Reina y a los Príncipes. Cubría la mesa un mantel de damasco con grandes grupos de violetas.

Con la augusta señora sentáronse a la mesa la Princesa de Salm-Salm, el Marqués de Carisbrooke, los Príncipes de Erbach, los de Hohenlohe, las duquesas de San Carlos, Medinaceli, Montellano y Victoria; marquesas de Comillas y Urquijo, condesa de Salinas, marqueses de la Torrecilla y Viana, duques de Sotomayor, marqués de Santa Cruz y conde de la Cimeira.

En la estufa estuvo servido toda la noche espléndido *buffet*. Luego se sirvió espléndida cena a todos los demás convidados.

Terminada ésta, siguió muy animado el baile.

La concurrencia, dicho queda que fué muy distinguida. Y no hay que decir que quedó complacidísima de la brillante fiesta en la que una vez más se pusieron de relieve la esplendidez y el buen gusto de los condes de Heredia Spinola.

En el hotel de los condes de Paredes de Nava :

La Reina doña Victoria, la Infanta doña Isabel y las Princesas de Salm Salm honraron tam-

bién, una tarde, la residencia de los condes de Paredes de Navas, bellamente adornado con flores.

S. S. M. M. y A. A. fueron recibidos por los dueños de la casa, con quienes entraron precedidos por servidores vestidos con amarillas libreas, en las que se destacaban los escudos de la casa de Nájera.

En la *serre* fué servido el te a las personas Reales y en el comedor a los demás invitados.

Inmediatamente comenzó el baile en los salones, y, mientras tanto, en el piso segundo, se congregaron los *bridgistas*.

Entre las muchachas figuraban una linda señorita, hija de los marqueses de Montealegre. También asistían las señoritas de Giraldeley, con su madre la condesa viuda de Cron. Con sus hermanas, la señorita Angeles Crecente, que es una verdadera pianista.

Entre otras distinguidas damas, recordamos a la condesa de Erbach, Princesa de Hohenlohe, duquesas de San Carlos, Sotomayor, T'Serclaes, Tóvar, Dúrcal, Alcedia, Vistahermosa, Nájera, Santa Lucía, Hernani, Santa Elena, Unión de Cuba, Almenara Alta y Algeciras;

Marquesas de Santa Cruz, Bendaña, Hoyos, Santa Cristina, Zahara, Santo Domingo, Bondad Real, Torralba de Calatrava, Argüeso, Riscal, Torre-Hermosa, Casa-Pontejos, Guevara, Benicarló, Sancha, Martorell, Salinas, Jura-Real, Espeja, Aranda y viuda de Medina;

Condesas de Heredia Spinola, Alcubierre, Aguilar de Inestrillas, Yebes, Casal, Orgaz, Puerto, Torre de Cela, Valle de Orizaba, Montefuerte, Crecente, Fontanar, Aguilar, Castro-nuevo, Ribadavia y Cedillo.

Vizcondesas de Éza, Fefiñanes y Peña Parda; baronesa del Castillo de Chirel; y señoras y señoritas de Alcalá Galiano, Alvarez de Toledo, Figueroa y Bermejillo, Maura, Falcó y Alvarez de Toledo, Sandoval, Núñez de Prado, Polo de Bernabé, Bertrán de Lis, Agrela, Herrera Dávila, Bauer, Alcázar y Mitjans, Martínez de Irujo, Basa, Rodríguez de Rivas, Tacón, Cárdenas, Serrat, San Millán, Martos y Zabálburu, Silva y Goyeneche, Van Vollenhoven, Crespi de Valladaura, García Loygorri, Pereira, Villaverde, Machimbarrena, López de Ayala, Navarro, Mores y Arteaga, Jordán de Urries y Ulloa, López Roberts, Travesedo y García Sancho, Travesedo y Bernaldo de Quirós, Escibá de Romaní, Carvajal y Carvajal, Castillo y Caballero y Cendra.

EL CARNAVAL EN LAS FIESTAS DE NIÑOS Y EN LOS BAILES DE LA JUVENTUD ARISTOCRÁTICA

“ PINOCHO EN LA COMEDIA ”



María Victoria de Parada y Antonio Cavanilles.

figuras del inmortal Goya, y, sobre todo, ante la encantadora Cachi Muñoz Jalón, copia fiel de «la maja vestida» del inmortal maestro, fuera preciso no ser español o ser ciego, para no convertir cualquier frase en un piporo netamente madrileño, con sabor a las palabras: ¡Viva España!

La maja seductora que inmortalizó Goya con sus pinceles, figura evocadora de blondas, de madroños y de claveles, tiene en su bello rostro de veinte abriles la gracia de las hijas de los Madriles.

Cual buena madrileña, fascina con el garbo de su figura, que tiene, aunque es pequeña, la corrección de líneas de una escultura. Calza, su pie chiquito, chapin de raso; si anduviera, sería breve su paso,

y al ver su andar tan lindo, tan sandunguero, le arrojará la capa más de un torero. El Museo del Prado, como una joya, guarda el lienzo famoso que pintó Goya; que esa Manola, más que cuadro, es un trozo de alma española.

UNA vez más ha querido la caridad cristiana prestar su ayuda a la buena obra de educar niños pobres, y una vez más un crecido número de familias aristocráticas se ha prestado a engalanar a sus hijos con un gusto y un lujo dignos de todo elogio, para representar una farsa, inventada por mí, con el exclusivo objeto de atender al sostenimiento de una Escuela, cuya Secretaría vengo desempeñando hace años y que preside la marquesa de Figueroa. Tuvo lugar la fiesta en el Teatro de la Comedia, que presentaba el más brillante aspecto; pocas veces se ve un teatro tan animado y tan lleno de gente conocida, ni nota de color más bonita que la que ofrecían los disfraces maravillosos de los actores improvisados al recorrer la sala en los entreactos, vendiendo programas y bombones. Cediendo a reiteradas instancias, hubo de repetirse la fiesta en el Teatro Español al cabo de unos días, y a beneficio esta vez de otra Escuela análoga a la nuestra, que preside la señora de Ossorio y Gallardo. El éxito más ruidoso vino a coronar la labor de los cien intérpretes de «PINOCHO EN LA COMEDIA», que oscilaban entre los cuatro y los diez y ocho abriles, y que, sin excepción, cumplieron su cometido con asombroso acierto. Desde las bellísimas Nena Linares Rivas y María Victoria de Parada, que en la Comedia y en el Español, respectivamente, desempeñaron como verdaderas actrices el papel de Reina, hasta los angelitos (niñas de González-Conde, Núñez de Prado, Llorens y Torán), todos, desde el mayor hasta el más pequeño, escucharon una ovación no interrumpida e hicieron de mi modestísimo pasatiempo algo digno de escucharse con gusto y de aplaudirse con sinceridad. Manolo A. Sagrera, que dice de modo admirable, supo conseguir que la gente saliera del teatro repitiendo el estribillo de un romance magistralmente recitado:

«¡Alalay, alalay!
¡Vengan y escuchen todos
el romance del Rey!»

Y también supo hacer la galanura de su decir, que muchas personas me hayan pedido la copia de unos versos que, dichos de otro modo, hubieran pasado totalmente desapercibidos. Bien es verdad que, vistiendo un traje auténtico de chispero, como él vestía, rodeado de bellezas como María Cristina González Conde, Cuchi Galainena y todas las que formaban parte del grupo que reproducía



Asunción, María Victoria de Parada, María del Carmen Álvarez de Sotomayor, Angélica y Chonina López Roberts y Bernardo Gil Armada.

todas ellas guapísimas con sus ricos trajes de seda y lentejuelas. Su aparición en el fondo del escenario, entre cestos y ramos de flores, y su bajada por la escalinata que las lleva a primer término, produce un murmullo de admiración. Desfilan estudiantinas, una comparsa de Payasos, otra titulada «de la bella Holanda» y varias más. Un cuadro típico gallego, inspirado en el titulado «Celebrando la fiesta», del señor A. de Sotomayor, e interpretado por la bellísima Chucha del Río y las señoritas de L. Roberts y A. de Sotomayor con los señores Gil Armada, Estrada y Ventosa, es sumamente celebrado. Pero la admiración llega a su colmo al presentarse en escena «La máscara Veneciana». Los que la vieron saben que ni es posible exagerar en el capítulo de las alabanzas, ni encontrar palabras para describir su beldad y la esplendidez de su atavío; los que no la vieron, no se la pueden imaginar. Es María Victoria Sanford. En la pantomima con Johny Galainena, su dignísima pareja, hay quien dice que los músicos tocaban de memoria por mirarlos embelesados... Y con esto creo haber justificado el por qué de trajes tan heterogéneos.

La encantadora Lily R. Benítez de Lugo, además de interpretar a las mil maravillas su papel de Hada, fué aplaudidísima en un entreacto recitando mi cuento «LO QUE HICE CON MI MUÑECA»:

Tengo yo una muñeca que es un encanto.
La encuentro tan bonita, ¡la quiero tanto!
Me dedico a educarla: la enseño inglés
y algunos de los versos que sé en francés.
Como quiero que sea buena cristiana,
rezamos por la noche y por la mañana;
pero soy tan severa para educarla,
que ayer, con un castigo, pude matarla.
Me empuñé en que aprendiera la reverencia;
pero ella fué más fuerte que mi paciencia.
Con las piernas tan tiesas, tan desairada,
que me atacó los nervios con su torpeza,
y me puse de pronto tan enfadada,
que la agarré... y al baño fué de cabeza.

Me quedé tan tranquila; pero mamá,
me dijo muy en serio: «¡Qué crueldad!
¿En dónde has aprendido ese castigo?
Hay que ser más piadosa, más indulgente.
¿Hacemos esas cosas nunca contigo,
aunque eres tantas veces desobediente?
Dame un beso y no llores, que me da pena.»
—No me riñas, mamá, que será buena.

Y fui por la muñeca. ¡No estaba ahogada!
Tenía la peluca muy desrizada
y la cara más pálida. ¡Claro... del susto!

También merecen especial mención la dama de la Reina, María Aurora Burell, hija de la condesa de Torre-Mata; los hijos de los marqueses de Lyon y Bóveda de Limia y de los condes de Baynoa, que iban primorosamente vestidos; las lindas señoritas de Espinosa, Sagredo, Moreno, Gamir, Fábrega, Vergara, Pineda, Vergara, Hernández Delás; las monísimas niñas de Sagastzábal, Amunátegui, Alonso-Orduña, Marín, Martín e Yruretagoyena. La señorita de G. de la Serna, el graciosísimo Pedrito Wangüemert, con el Arlequin y el Conspirador (Pepe Olivares y Alberto M. Pardo) y los minúsculos holandeses, Manilín Parada y Juan José Espinosa, que hicieron las delicias de la concurrencia.

Y terminará con unos retazos de la poesía final de la función para que, al terminar de leer esta crónica, quede, como al salir del teatro, el sabor de la buena obra realizada:

Cuando hemos visto llegar
el día de esta función,
una extraña serenata
de cascabeles de plata
sonó en nuestro corazón.
.....
.....
... Y para esa pobre gente
que merced a nuestros desvelos
puede, tan cristianamente,

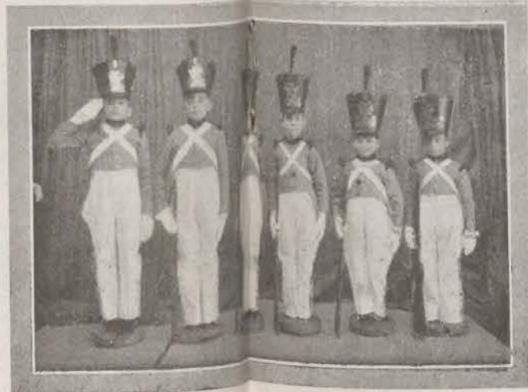
educar sus pequeñuelos,
sonará, seguramente,
el eco de esta ovación,
igual que una serenata
de cascabeles de plata
dentro de su corazón.
Si andando el tiempo algún día,
al andar en su alcancía
los que esta tarde han venido,
un papel su atención llama

y ven que es éste un programa
que ya dieron al olvido,
al recordar que vinieron
y cuán generosos fueron
el día de esta función,
oírán una serenata
de cascabeles de plata
dentro de su corazón.

LA AUTORA DE PINOCHO EN LA COMEDIA



Bianca y Teté Sagastzábal, Isabel Jorán, María Luisa Alonso Orduña y Aurora Núñez de Prado.



Pepe Serra, Luis López Roberts, Luis Ponte, Cesarín Ballesteros, Cesitar Martín y Plito Moragas.



Carlota Lyon, Isabel Pineda, Conchita Fábrega, Carmen Hernández Delás y Julia Vergara. (Fols. Satué.)

UN BAILE BLANCO Y ROJO

En casa de los marqueses de Torrehermosa,—el viejo palacio que fué residencia de los Rivas,—se celebró este año el primer baile aristocrático de Carnaval.

La señorita de López Roberts,—la encantadora Neneta,—quiso esta vez que que sus amigas acudieran a la fiesta vistiendo trajes de colores rojo y blanco únicamente. Así ponía a contribución su inventiva.

Ella dió el ejemplo. Vestida de aldeana, con corpiño de terciopelo y rameada falda. Su traje era copia del que llevaba la actriz Mlle. Ferrier en las representaciones de *La Locandiera*, de Goldoni, dadas este año en el Vieux Colombier, de París.

La heroína de la fábula de «La lechera», inmortalizada en el lienzo por Greuze, tenía auténtica representación en la preciosa Isabelita Urquijo, que llevaba cofia de tul en la cabeza; blanco corpiño, lo mismo que el delantal; falda encarnada, con *paniers*, y, en la cadera, el cántaro inmortal.

Marichu Villatoya era una encantadora enfermera de la Cruz Roja. Pocas veces un atavío pudo realzar con tanto éxito una belleza.

Mercedes Soriano personificó la «Katinka» del baile ruso. Era una deliciosa muñeca, con blanco

traje bordado en rojo, al modo oriental, pantalones de encaje, que asomaban bajo la falda, el minúsculo sombrero de paja ladeado, los rojos y relucientes carrillos de *pepona* y unas graciosísimas y disparatadas pestañas.

Otra muestra de ingenio dió Matilde Villadarias, al vestirse de monaguillo; rojos el bonete y la sotana, y blanco el roquete de encaje.

Los cuentos de hadas inspiran siempre los más varios atavíos. Tres caperucitas rojas se veían personificadas por tres bellezas: Isabel Castromonte, con la característica capa; Conchita Villamarciel, con un airoso tocado en la cabeza, y la marquesa de Villanueva, hija de los condes de Cedillo.

Blanquita Casal, encorsetada, evocando motivos de mediados del siglo anterior, era una bella Silfide del baile ruso.

Admirablemente vestidas las dos señoritas de la Mortera. Gabriela, una arrogante dama de la Corte de Luis XV, con amplia falda rameada y joyas antiguas en el corpiño. Su hermana María del Carmen, la más bella payesa mallorquina que cabe imaginar, con característico traje antiguo y sutil velillo en la cabeza gentil.

Una egipcia muy bella era la señorita de Garci-Grande.

Las señoritas de Heredia-Spinola no necesitaron para suscitar elogios más que ceñir sobre sus trajes blancos las notas vivas de los rojos mantones.

Como ellas, con pañolones encarnados sobre blancos vestidos, la señorita de Medina Garvey, la marquesa de Torralba de Calatrava, María Perales y la duquesa de Algeciras.

Un *pierrette* y una Mmc. Arlequin eran las dos señoritas de Ozores; muy bien vestida la señorita de Tovar, con arreglo a la moda de 1830: falda de ancho vuelo, manteleta sobre los hombros y bucles rubios, bajo la capota *cabriolé*. En la misma época se había inspirado la señorita de Mendoza Cortina.

Otra enfermera de la Cruz Roja, la señorita de Topete; una bohemia, adornada la frente con medallitas, la de Valdés Fauli; con pañuelos gentilmente ceñidos, las señoritas de Vega y Márquez; de pelotari, la de Campo-Giro; de gallega, Angeles Loigorry.

Dos silfides muy bellas eran Carmen Haro y Laura Benamejí; una dama con traje imperio, la señorita de López-Roberts (don Miguel); una pescadora gallega, Cristina Navarro; otra dama del año 1830, muy bella también, Amalia López-Dóriga.

Holandesas lindísimas eran Blanca Topete y la señorita de Crespi de Vallaura. La bella Tita Muguero, una graciosa *pierrette*, con grandes botones rojos; Soledad Perales se envolvía en un mantón de Manila; una señorita de Sastrústegui era una chispera de Goya, y Sara Benicarló otra arrogante dama de la Corte de Napoleón III, con falda rameada, mantón bordado en flores y pendientes y aderezos de la época, de toda autenticidad.

De blanco, con gran pámela de paja, manteleta y collares de coral, la señorita de Linares Rivas parecía surgir de un cuadro de Watteau; Carmen Roda era una linda valenciana, y su hermana Mercedes una húngara, lo mismo que Carmen Campo Giro. La señorita de Vistahermosa, de aldeana.

De *revolvry* inglés iba disfrazada la señorita de Vázquez Armero; de alsaciana, Pilar Roda; de locura, Amalia Manso de Zúñiga; de dama del reinado de Isabel II, Angelita Barroeta y la señorita de Tacón, y de Colombina la señorita de Travesedo y Muguero.

También asistían las señoritas de Achaval, Maroto y Pérez del Pulgar, Chaves, Alvarez de Toledo, Orgaz, Sueca, Travesedo y Bernaldo de Quirós, Bertrán de Lis, Moreno Ossorio, Alcalá Galiano y otras.

De la concurrencia formaban asimismo parte muchas aristocráticas damas, diplomáticos y otras personas conocidas.

Los invitados fueron obsequiados con un espléndido *buffet*.

UNA FIESTA INFANTIL DE TRAJES

La condesa viuda de Casa Valencia tuvo la feliz idea de dar en su hotel de la Castellana un baile infantil de trajes, en obsequio de sus nietos los hijos de los marqueses de Quirós y de los condes de Romilla.

No hay que decir que concurrieron muchos aristocráticos niños.

La encantadora hija mayor de los duques de Medinaceli, Victoria Eugenia Fernández de Córdoba, era una graciosísima *pierrette* blanca, con pompones negros, que llamó la atención.

Tristán Falcó, hijo de los duques de Fernán-Núñez, realizaba la gracia de su figura con un típico disfraz de vaquero; las preciosas hijas de los marqueses de Jura-Real reproducían en sus disfraces las elegancias del Segundo Imperio.

La hija de los marqueses de Balboa—una Borbón—envolvía la gracil figura en un traje de dama veneciana.

Dos guapos chisperos eran los hijos de los señores de Laiglesia; una deliciosa *«jardinera»* y una zingara, las niñas de los condes de Villagonzalo; una hada, la hija de los marqueses de Lambertye; de Pierrot iba el hijo de los señores de López Dóriga (don Francisco); de holandesa, la preciosa hija de los señores de Bascaran; de pastora, la encantadora hija menor de los duques de la Unión de Cuba.

La niña de los señores de Hurtado de Amézaga llevaba lindo traje de aldeana rusa; dos niños de los duques de Sotomayor vestían de arlequines y de holandesa la niña.

De la época de 1830 iba una de las hijas de don Jorge Silvela, y un niño de campesino americano; de chino, el de Lascoiti; y la de los marqueses de Zurgena, de lindísima jardinera holandesa.

Los nietos de la condesa de Casa Valencia vestían asimismo primorosos disfraces: Galinda Quirós lucía el traje con que aparece en un retrato la hija de Carlos I de Inglaterra; Luisito de Robin de los bosques; y María, de oriental. El niño de Romilla, de salvaje.

Los hijos del doctor Marañón vestían, el niño, de gitano, y un traje de 1850 de los que luce la Raquel, la niña; de holandeses, los de Bulnes, de pelotaris, los de Aguilar; los de la Vega de Ren, de Mefistófeles y de Carnaval del año 40; el de Oteiro, de «clown»; el de Matos, de «pierrot»; los de Mora (don Gonzalo), de «papillon» y copia de un curioso cuadro de Cenicero; los del Real Aprecio, de holandesa, de moro y de «pierrot»; el de Villapecellín, de Cupido; el de Torre de Cela, de «pierrot»; la de Muñoz (don Carlos), de gitana, y la de la Ventosa, de aldeana.

Asistieron otros niños, como los de Pastrana, Villabragima, Guendulain y Mendivil, siendo todos obsequiados con una merienda.

Los premios otorgados por un Jurado compuesto por la señora de Ruata, la marquesa de Medina y la señorita de Casa-Calderón, fueron otorgados a los niños Victoria Eugenia Medinaceli, María Jura-Real, Conchita Barzanallana, que iba de violetera Luis XV, y la hija de los marqueses de Balboa.

EN CASA DE LA CONDESA VIUDA DE PEÑALVER

La condesa viuda de Peñalver abrió los salones de su hotel de la calle del Rey Francisco

EL LOTO

Dicen que en el gracioso Japón se da una planta toda rumor de río y suavidad de olor, que al viajero le habla y le ríe y le canta y e cuenta unos cuentos fantásticos de amor y lo atrae a su sombra y lo besa y lo encanta y lo duerme al arrullo de su ramaje en flor, y así que está dormido, en la misma garganta el aliento le corta y le chupa el color y la luz en los ojos inflamados le seca y le pone en los labios el rictus de una mueca, y luego lo despide con gesto burlador y en tanto que se aleja el espectro ambulante, se torna majestuosa y a un nuevo caminante le vuelve a hacer un cuento fantástico de amor...

SERENIDAD

Yo tengo un amor triste, como mi propia vida, que es todo sombra leve, o leve claridad; sobre las efemérides del alma adolorida es campo de miosotis de fresca suavidad. Si, a veces, cuando el látigo del amor hace la herida, el corazón protesta contra la adverbidad, serenamente besa mi frente conmovida y perfuma mi espíritu con su serenidad. Aqueste amor profundo, sin turbulencia, acaso lo ignora todo, menos la caricia de raso sobre la piel hirsuta de mi cruento vivir. ¡Oh, tú, que así piadoso, viniste hacia mi paso, amor de sombra tenue, de claridad escaso, de hoy más nunca me niegues tu bien el porvenir!

EMILIA BERNAL

para otra fiesta de Carnaval, que honraron con su presencia la Reina y las Princesas de Salm Salm.

En el hermoso comedor fué servido un té a Su Majestad y Altezas, con quienes sentáronse a la mesa los Príncipes de Erbach; las duquesas de San Carlos, Medinaceli y Unión de Cuba; los duques de Montellano, los de Plasencia; las marquesas de Atarfe, Quirós y Martorell; la vizcondesa de la Alborada y el marqués viudo de Canillejas, entre otros.

En seguida comenzó el baile en el hermoso salón de fiestas y no hay que decir que las muchachas capitaneadas por la encantadora Cocolin Areces, bailaron sin cesar.

Entre la concurrencia figuraban, además de las damas citadas, la Princesa de Hohenlohe, las duquesas de Mandas, Dürkal, Santa Elena, Tarancón, Hernani, Victoria y Algeciras;

Marquesas de Santa Cruz, Argüeso, Salamanca, Urquijo, Cavalcanti, Jura Real, Borghetto, Rafal, Aranda, Torneros, Someruelos, Villatoya, Hoyos, Casa-Torres, Mariño, Villadarias y Torralba de Calatrava;

Condesas del Serrallo, Vega de Sella, Villagonzalo, Salinas, Puerto, Alcubierre, Recuerdo y Güell; vizcondesas de Val de Erro y de Peña Parda;

Señoras y señoritas de Mora (don Gonzalo), López Dóriga (don Francisco y don Juan), Polo de Bernabé, Pidal (don Ignacio), Pidal y Bernaldo de Quirós, Ruata, Carvajal y Carvajal, Carvajal y Quesada, Vadillo, Núñez de Prado, Quiroga, Bätter (don Ignacio), Ramírez de Haro y Chacón, Santos Suárez, Rodríguez de Rivas, Muguero (don Miguel Angel), Urquijo y Landecho, Tacón y Rodríguez Rivas, Landecho (don José), Rábago, Bertrán de Lis, Alcalá Galiano, Márquez y Castillejo, Duque de Estrada, Nava Osorio, Ozores, Castellanos, Falcó y Escandón, Creus (don Gonzalo y don Carlos), Covarrubias, Morenes y Arteaga, Bosch y Labrús, Maura, Avial (don Alejandro), Castillo y Caballero, Riquejejo, Laiglesia (don Eduardo), viudas de Ibarra y Cavanilles, Rico, Rodríguez Blanco, Elio, Martos y Zabálburu, Fernández de Henestrosa, Silva y Mitjans, Alcázar y Mirjans, Navarro y Morenes, Llorens, Escobar y Kirkpatrick, Medina Garvey, López Dóriga e Ibarra, Miláns del Bosch (don Javier), García Barzanallana y otras muchas.

Después de las nueve se sirvió a los concurrentes una espléndida cena fría. Ello hizo que los devotos del baile pudiesen reanudarle luego con nuevos bríos.

Fué, en suma, una divertidísima fiesta con la que se hicieron nuevamente acreedores a la gratitud de la sociedad madrileña, la condesa de Peñalver, los señores de Areces y su hija la encantadora Cocolin.

OTRO ANIMADO BAILE

En el Palace Hotel hubo otro animado baile de Carnaval organizado por la marquesa de Liébana y la señora de Lamarca.

Las muchachas se disfrazaron, y como todas eran bonitas, el salón ofrecía un golpe de vista brillante.

Con la marquesa de Liébana, estaba su hija, la señorita de Boulet, vestida con gran primor de aldeana Luis XVI; la señorita Victoria Lamarca era una Manon preciosa en el primer acto de la ópera, y su hermana María del Carmen, una chispera graciosísima; la señorita de Fernández Robles, muy guapa, de holandesa; la de Peiró, una dama de 1830; las de la Oliva, de valencianas; de odaliscas guapas, Carmen Piñana y la de Aguyó; la señorita de González, muy bonita con peluca malva; Carmen García Goyanes era una egipcia encantadora; la señorita de Tolosa Latour, de chispera, con mucha sal; las de Terrones, de Colombine y de florista del siglo XVI; Raquel Dans hacía honor a la belleza gallega vestida de *marusiña*, y Pilar López Lago representaba una dama de la Corte de la Emperatriz Eugenia.

La señora del doctor Barraquer lucía magnífico traje zamorano, bordado en oro sobre terciopelo negro; con mantón de Manila la señora de Martínez Dabán (D. Vicente), y con bonitos disfraces y mantones de Manila las señoras y señoritas de Escrivá de Romaní, Larios, Quevedo, Cabanna, Vizcarrondo, Sánchez-Murga, Parra, Octavio de Toledo, Turner, Sánchez Zapater, Somavilla, Autrán y Plana Benavent.

La gente joven bailó a su gusto.

UN NUEVO JUEGO ARISTOCRÁTICO

EL "MAH JONG" O "LUNG CHAN" DIVERSION FAVORITA DE LOS EMPERADORES CHINOS, HA INVADIDO LOS SALONES EUROPEOS

CONOCÉIS el *Lung Chan*? Es el juego que se está poniendo de moda en los salones madrileños. Su difusión está siendo, como en otros países, rapidísima. Hoy, sin embargo hay en España muy contadas personas que lo dominan. Juego esencialmente clásico, es complicado, pero no difícil. Y tiene el encanto especial de presentarse en piecitas de marfil o bambú, pintadas primorosamente a mano. No es barato; pero no ha de ser, a buen seguro el precio, un impedimento para que aquí adquiera la misma boga que ha alcanzado en el resto del mundo.

Antes el *Lung Chan* o *Mah Jong*,—que significa *Yo gano* y es una de las principales frases y sobre todo la decisiva del juego,—era la diversión favorita de los Emperadores chinos. Ellos únicamente podían jugarlo. Y la primitiva costumbre fué transmitiéndose de padres a hijos, al través de la dinastía imperial. Pero cayó el Imperio y el *Lung Chan* pasó a ser del dominio público.

Rápidamente se extendió por todo el país, haciendo verdadero furor en Shanghai, Cantón, Macao y Hongkong, en donde todas las clases sociales se entregaron a él con tal frenesí, que las autoridades se vieron precisadas a dictar medidas para evitar que se interrumpieran los trabajos en algunas oficinas públicas.

Los norteamericanos residentes en Oriente lo introdujeron hace tres años en los Estados Unidos y el entusiasmo que, entre los aficionados a esta clase de juegos produjo en San Francisco y los Angeles, pronto encontró eco en Chicago y Nueva York. En esta ciudad, puede decirse que ha desbancado al *bridge*.

Al año siguiente llegó el *Lung Chan* a Londres y la sociedad británica lo acogió con pasión parecida a la que despertaron allí hace unos años los famosos *puzzles*. De Londres pasó a París y de París a la Costa Azul. Allí es donde ahora se ha puesto de moda. Lo juegan los multimillonarios norteamericanos y los Príncipes extranjeros, los nuevos ricos europeos y los nobles antiguos. Tiene, para su difusión, una cualidad: que, aún no siendo juego de azar, se puede perder con él mucho dinero. No cabe

duda de que tiene ya mucho adelantado para ponerse de moda.

¿Qué es el *Mah Jong*? Según frase de un enterado, es el poker y el bridge combinados en un juego de dominó chino. Se le conoce con distintos nombres. En Inglaterra se llama «el juego de los Cuatro vientos» (luego veremos por qué); en una provincia china se le denominó *Mah Jong*; en otra *Pung Chow* (yo tomo); en otra *Lung Chan* o «Batalla de Dragones» y en algunos sitios *Matchang*; pero los más extendidos son, sin duda, los dos que encabezan esta reseña, que han sido los adoptados en Francia y en casi toda Europa.

¿Es un juego sugestivo? Desde luego. Acerquémonos a la mesa de *Mah Jong*, desprovista de tapiz verde ni de ningún otro color. Es un precioso mueble de ébano o de otra madera dura. Y admiremos en seguida las piezas de dominó que una de las bellas jugadoras saca de una coquetona caja, también de madera china. Las piezas son nada menos que ciento cuarenta y cuatro; como antes decimos, son parecidas a las de dominó, aunque más pequeñas. Su color es blanco o crema, según sean de hueso, bambú o marfil. Y el precio del juego, según la calidad de las piezas, oscila entre doscientas y dos mil pesetas.

Las piezas, chiquitas, ligeras, un poco curvadas, muestran en su cara anterior graciosos caracteres chinos gravados con tintas roja y verde. Hay cuatro series de piezas iguales; como si dijéramos, cuatro barajas. Cada serie se divide en cuatro categorías de piezas. Forman la primera los llamados dominós ordinarios, que están numerados del 1 al 9. (Claro que, además de los caracteres chinos, llevan guarismos europeos para su mejor diferenciación). De estos ordinarios hay tres clases: los bambús, los signos y los círculos.

La segunda categoría es la de los «honores simples», que son, por este orden, el Viento Este, el Sur, el Oeste y el Norte.

La tercera, «honores superiores», la forman los tres Dragones: el rojo, el verde y el blanco. Y la cuarta, los «honores extremos», que son las Flores y las Estaciones.

Para evitar equivocaciones, los dominós que no tienen número llevan la inicial de lo que significan, en inglés.

Las fichas para pagar y los dados que se utilizan para saber quien comienza a jugar, son también de hueso o bambú y tienen caracteres chinos.

Juegan al *Mah Jong*, comunmente cuatro personas, pero pueden ser también tres o cinco. Cada uno de los cuatro jugadores recibe el nombre de un Punto cardinal. El que le toca empezar el juego se llama Este, y los demás de su derecha, sucesivamente, los restantes nombres, en el orden antes indicado para los Vientos. Claro que en castellano esto se presta a graciosos juegos de palabras, porque no tiene nada de particular preguntar: «¿Le toca jugar a Sur?» Pero sí puede dar lugar a equivocaciones responder: «No; le toca jugar a este». Y *este*, a lo mejor, es el punto Norte.

Antes de dar principio al juego es preciso formar con las piezas lo que pudiéramos llamar «la muralla

de la China». Para esto cada jugador levanta ante él un muro de diecisiete dominós de largo y dos de ancho; y cada muro, recto, constituye un lado del cuadrado (la muralla cerrada) que queda hecho en el centro de la mesa. Esta muralla es la que hay que derruir. *Este* arroja los dados para determinar el costado en que se ha de hacer la primera brecha. Y comienza la partida.

Describir las reglas a que se ajusta el juego, es imposible tarea. No quiere eso decir que el *Lung Chan* sea difícil de aprender; es que sus combinaciones son muchas y resulta prolijo explicarlas. Pero no hemos tampoco de rehuir ciertas indicaciones generales.

Se supone que a cada jugador pertenece la cuarta parte del total de piezas; pero no tiene, desde el primer momento, en su poder más que trece, y va luego tomando por turno, una cada vez, hasta el final de la partida. Hay, sin embargo, ocasiones en que un jugador no puede ir al robo, porque el compañero que le sigue se adelanta a pronunciar una palabra mágica,—*¡Pungo! ¡Choro!*—y entonces, si no se considera en posición ventajosa, ha de esperar pacientemente, para su robo, a una nueva vuelta.

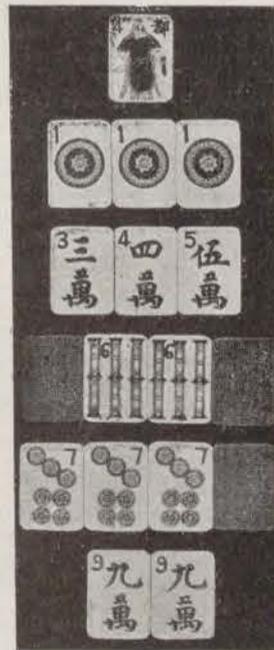
Para ganar, es preciso llegar a tener,—en las catorce piezas que posee el jugador: las trece primitivas y la que se roba,—cuatro combinaciones: según frase técnica, *Brelans*, *Carres* o *Sequences* y una *pareja*; o sean combinaciones de piezas repetidas, tres o cuatro piezas iguales o una serie de piezas correlativas de número, más una pareja suelta. Como se comprenderá, las combinaciones pue-



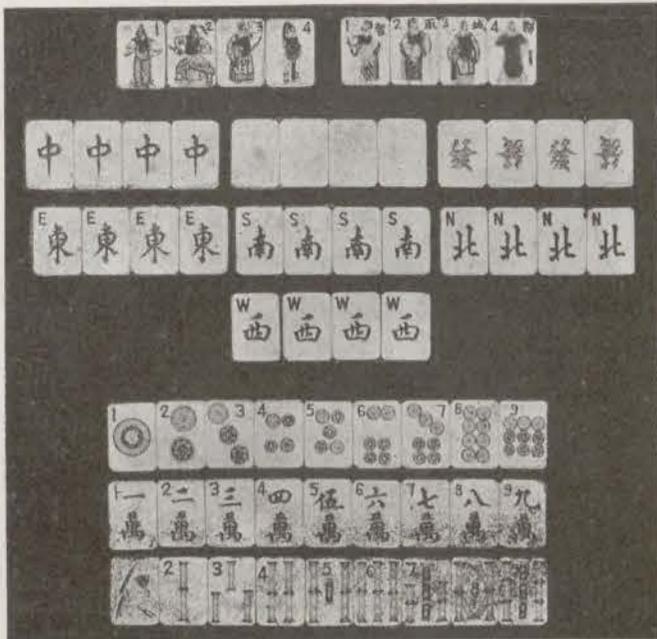
La partida comienza. Los jugadores echan los dados para sortear los puestos de la mesa.



Un momento interesante de la partida.



Ejemplos de distintas combinaciones.



Cuadro general de las piezas de que se compone el «Lung Chan» o «Mah Jong».

den ser muchas, habiendo una porción de reglas que determinan el valor de las piezas y las multas o premios que corresponden a cada jugador. La acción de ganar el juego es hacer *Mah Jong*.

Según M. Paul Verdier, especialista de esta diversión en Francia, el *Lung Chan* no se juega en Europa lo mismo que en China. Allí es todavía más complicado, aunque más interesante y bonito. Lo que sí parece fuera de duda, y M. Verdier lo sostiene, es que el *Lung Chan* es la primitiva forma del juego de dominó y que era antes de la propiedad exclusiva de la dinastía imperial de China. Puede suponerse, pues,

que hace 2.200 años se entrenaban con él los Príncipes y Emperadores de las familias de los Tsing, de los Ming y de los Hia.

No están, sin embargo, todos los tratadistas de acuerdo. Según otro escritor, inglés, el juego es moderno,—de hace treinta años,—habiendo sido inventado en Ningpo, provincia de Tchekiang. De allí pasó a Foutchéu, extendiéndose luego a Shanghai, a las poblaciones del Norte del Imperio y, por último, al Sur de China.

Otros escritores asignan al *Mah Jong* ciento cincuenta años de antigüedad. ¿Por qué? Ellos sabrán por qué, pero lo afirman muy seriamente.

De lo que no cabe duda es de que el *Lung Chan* es el juego de moda, que apasiona e intriga por su novedad entre nosotros, por su carácter misterioso, por su exotismo, por su lujo y por su poesía. Y además, por lo que se ponen muchas cosas de moda: «por-que sí».

Es la razón suprema e inapelable contra la cual no cabe más que un sumiso acatamiento.

Decíamos antes que en Madrid va «entrando» también el *Lung Chan*. Sabemos de varias casas aristocráticas en donde ya se le rinde culto con el mismo fervor con que los tresillistas o *bridgistas* se dedican al cultivo de su pasión favorita.

Como el tresillo, como el *bridge*, como el *poker*, el *Mah Jong* apasiona. Y no sólo a los que juegan,

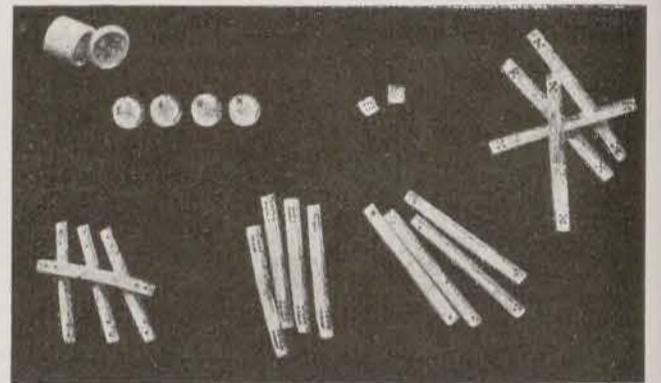


«Mah Jong» a punto de hacerse. Sólo falta una pieza.

sino a los «mirones» que hay en todo partido.

Las piezas de *Lung Chan* que han llegado a España pertenecen a las colecciones puestas en circulación en Francia: acaso estén construidas en el mismo París. Pero aun admitiendo esto último, tienen que haber sido hechas por chinos, únicos que dominan y soportan la tarea de pintar a mano, uno por uno cada dominó.

Todavía no hay, que se sepa, ningún campeón europeo de *Mah Jong*. Los españoles estamos, pues, a tiempo de aprender a jugarlo en forma de dar ciento y raya a franceses, ingleses e italianos. Acaso, andando los años, pueda darse el caso de que en un Madrid, en un Barcelona o en un Sevilla surja un *lungchanista* tan formidable que pueda repetir el caso de un vecino de Yokohama que, según dicen las crónicas, mantuvo al mismo tiempo diez partidas de *Mah Jong* y ganó las diez.—CHA TUNG.



Posición de los jugadores.

FIESTA REGIA EN EL PALACIO DE MEDINACELI

EL día último del pasado Febrero celebró en el Palacio de los Duques de Medinaceli el anunciado baile en honor de los Reyes, la Princesa de Salm Salm y el marqués de Carisbrooke.

La fiesta, aunque tuvo carácter íntimo, fué brillantísima.

S. S. M. M. y A. A. fueron recibidos, al pie de la gran escalera, por los duques de Medinaceli, con quienes pasaron al salón de los Jordanes,—llamado así por los tres magníficos lienzos de Lucas Jordán que en él se conservan—en donde se reunieron con los demás invitados.

Pronto trasladáronse todos al comedor, estilo Regencia, en uno de cuyos muros se destaca un gran lienzo de Van Essen, que representa una revista naval en la bahía de Nápoles.

Sentáronse a la mesa (que estaba adornada con un gran centro de plata, bellos candelabros y rojos tulipanes), además de Sus Majestades y Altezas y de los dueños de la Casa, la duquesa de San Carlos, el marqués de la Torrecilla, el duque de Fernán-Núñez, la duquesa y el duque de Montellano, la marquesa y el marqués de Viana, la marquesa y el marqués de Santa Cruz, las duquesas de Mandas y Dürkal y el embajador de Italia marqués Paulucci di Calboli.

La comida se sirvió con arreglo a un exquisito *menu*.

Cuando terminó, los comensales subieron al salón de baile, en el que ya se hallaban otros convidados de los duques. Aquel fué el momento propicio para admirar las *toilettes* de las damas.

Coronaba la Reina el oro de sus cabellos con diadema rusa de perlas y brillantes, y un collar de varios hilos de perlas destacaba sobre el negro traje. La Princesa de Salm-Salm, de negro, con adornos de plata, lucía por joyas brillantes.

La duquesa de Medinaceli, de negro asimismo, lucía sus grandes perlas históricas.

Con hermosas perlas se adornaban también la marquesa de Viana y la de Santa Cruz, lo mismo que la duquesa de Montellano, que ceñía en la cabeza, además, una cinta de rubíes y brillantes.

Entre el grupo de bellezas juveniles, reclamaban la atención: Paloma Montellano, de blanco, con su aire de gran distinción; Isabel Urquijo, preciosamente vestida de blanco y coral; Livita Falcó, de verde y plata, las señoritas de la Mortera, las de Heredia Spinola, las de Arriluce de Ibarra y Cristina Camarasa, siempre encantadora.

Se hallaban entre otras distinguidas damas, la Princesa de Ligne, duquesas de Algeciras, Almenara-Alta, Victoria, Hernani e Infantado; marqueses de Santa Cristina, Villadarias, Martorell, Someruelos, Argüeso, Torneros, Laula, Bendaña, Bondad-Real, La Guardia, Urquijo, Torre-Hermosa, Hoyos, Lambertye, Arriluce y Tenorio; condesas de Heredia-Spinola, Güell, Aguilar de Inestrillas, Salinas, San Martín de Hoyos, Fontanar, Paredes de Nava, Ribadavia, Los Llanos y Villagonzalo; vizcondesa de Fefiñanes, y señoras y señoritas de Benamejis de Sistol, Van Vollenhoven, Muguiro, Areces, González de Castejón, Camarasa, Travesedo, Martínez de Irujo, Morenes y Arteaga, Castellanos, Fernández de Henestrosa y Le Moteux, Mora, Creus (D. G.), Escobar, Arteaga, Caltavuturo, López Roberts y algunas más.

Con la marquesa viuda de Mos se hallaban una distinguida dama inglesa, que se encontraba entonces en Madrid de paso para Algeciras, Mrs. Gilbey, y el general Rudhim.

También concurrían el Príncipe de Ligne, el presidente del Directorio y sus hijos, el ex ministro duque de Almodóvar del Valle, los duques de Plasencia, Almenara Alta, Arco, Her-

nani e Infantado; marqueses de Urquijo, Torres de Mendoza, Martorell, Portago, Rubí, Someruelos, Torre Hermosa, Villadarias, Castel-Bravo, Argüeso, Torneros. Bendaña, Aranda, Arriluce de Ibarra, Encinares, La Guardia, Hoyos, Lambertye, Salamanca y Lorian; condes de Elda, Cimera, Peña-Ramiro, Ribadavia, Salinas, Heredia-Spinola, Cuevas de Vera, Maceda, Mortera, Villagonzalo, Paredes de Nava y Fontanar; vizconde de Fefiñanes, y señores López-Dóriga (don Carlos y don Luis), Rodríguez Escalera, Jordán de Urríes (don Nicolás), Urruela, Van Vollenhoven, Caffarelli, Careaga, Asúa, Martos, Sartorius, Pérez de Guzmán, Morenes, Aragón y Carrillo de Albornoz, Rocamora, Travesedo y otros.

El baile, a los acordes de la orquesta Boldi, fué iniciado por la Reina, que tuvo por pareja al duque de Medinaceli.

Entre los invitados aficionados al arte fué muy admirado, en el salón de la duquesa, inmediato al de baile, un lienzo, firmado por Fernando Alvarez de Sotomayor, en el que se recoge la infantil belleza de la hija mayor de los duques. Aparece Victoria Eugenia Medinaceli jugueteando con un gato, junto a un gran cesto de frutas. Luce faldita roja y una camisa blanca, graciosamente desprendida hacia un lado. El color es tan brillante y entonado como firme y sólido el dibujo. Unese la depurada elegancia de un retrato de escuela inglesa al vigor y animación realista de un cuadro español.

Huelga todo elogio. Por cierto que no será éste el único lienzo de Sotomayor que se incorpore a la Galería de los Medinaceli, puesto que está a punto de terminar el retrato de la segunda de sus hijas.

A la una: de la madrugada se sirvió a los Reyes y demás invitados la cena.

Y no hay que decir cuán complacidos quedaron cuantos asistieron a la bella fiesta.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO. EMINENTÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON ENRIQUE REIG Y CASANOVA

ERA el primer domingo de Adviento del año 1906, y asistía yo, por antigua costumbre, a la solemne fiesta, en las monjitas del *Sacramento*, de la publicación de la Bula... Después de cantado por el diácono el Evangelio, según San Lucas (XXI), en que se cuenta el oprobio de la prostituida Babilonia, y el triunfo eterno de la santa Jerusalén, y la postrera apocalíptica catástrofe de la humana Historia, aquel día del universal horror, *Ries irae*, «cuando venga el Hijo del Hombre sobre una nube, con gran poder, a juzgar a los vivos y a los muertos»; subió al púlpito para hablar de la insigne gesta de la Bula, un sacerdote aún joven, de atractiva figura, de amplia y noble frente, pensadora, de serena mirada, de digna y majestuosa actitud. De tal sacerdote yo no sabía más, en el día ese, que era un canónigo de Toledo, según leyera la noche antes en un periódico. ¡Qué bello, qué elocuente sermón, el suyo! ¡Qué léxico tan castizo, a ratos sublime, adecuado siempre a la magnificencia del asunto! ¡Qué elevación, la del ideario; y qué novedad y originalidad, singularísimas, en los puntos de vista desde los cuales hubo de tratar ese tema, de la Bula de Cruzada, casi agotado por unos u otros oradores sacros!... ¡Qué erudición, de oro de ley, la que demostró naturalmente, modestamente, de *re histórica*, de Teología, de Derecho Canónico! ¡Cuál acertó a salirse el orador de los rectoricismos y convencionalismos nefastos, de la ramplonería y vulgaridad *ad usum*, que hoy manchan y desnaturalizan, de todo en todo, el púlpito español contemporáneo!... Me impresionó, me conmovió, indeciblemente, aquel orador. Y sin saber quien era, ni conocer su nombre ni su patria, ni su historia, simpatiqué desde luego con él... Y la mirada de mi imaginación, no, mejor, la mirada de mi corazón, se fueron después de ese discurso, y durante todo el día, tras el orador elocuentísimo y eruditísimo, tras el sacerdote de modesto y un tanto melancólico aspecto, que así me había encantado y conmovido. Y al caer de la tarde de ese primer domingo de Adviento, aún le decía yo a mi *alma hermana* en el nido hogareño, «ahora irá para Toledo el predicador de esta mañana. Y ya de noche, entrará en aquellos sitios de leyenda, que nos son tan dulcemente familiares. Y cuando recemos el Rosario, llegará él al Zocodover, y descubrirá su cabeza, y dirá devotamente un *Pater*, ante el divino *Cristo de la Sangre*... Y desde el Zoco, irá en busca de su nido, de su casa, donde vivirá con su madre, o con sus hermanas, hacia San Juan de la Penitencia o el *Pozo amargo*, en la calle de Santa Úrsula, en la de la *Plata*, en la del *Alfíbillo*, o en *San Bartolomé*, junto al jardín de los *Zapatetas*, al lado de las monjas de la *Reina*.

Y he aquí que a los pocos días de esto, — y perdonadme si evoco recuerdos personales míos, — mis ilustres deudos afines de Palma de Mallorca, los consanguíneos del glorioso don José María Quadrado, — el prestigio más puro, más alto e imperecedero de la tierra y gente balear, — nos encargaron que hiciésemos una visita aquí en la Corte a un señor Auditor de la Rota, recién nombrado; Don Enrique Reig y Casanova, canónigo en otro tiempo de la gran *Seo* de Palma, y unido a ellos por los estrechos vínculos de una noble y leal amistad. Y a cumplir ese grato encargo de nuestros deudos mallorquines fuimos, una noche de Diciembre, a la primer casa, de los impares, de la *calle del Olivar*, por los suburbios viejos madrileños. ¡Qué sorpresa la mía, cuando a los pocos instantes de anunciada nuestra visita, apareció ante nosotros, amable, amabilísimo, el Auditor a quien íbamos a saludar, y que no era otro que el mismo sacerdote que predicara el sermón de la Bula, en el *Sacramento*, y a quien creía en la gran Toledo, salmodiando los lirismos davidicos en el coro de la maravillosa Catedral Primada!... Así se lo dije, a las primeras palabras con él cruzadas; y por él supe que el sermón

ese, que predica siempre, de antiguo, un canónigo de Toledo, se lo habían encomendado aquel año siendo tal canónigo, pues acababa de dejar el arcedianato de la Primada, para tomar posesión de una plaza de Auditor supernumerario en el Tribunal Supremo de la Rota.

Y si atrayente me pareció el señor Reig en el púlpito de las bernardas del *Sacramento*, aún más, mucho más, en los esparcimientos del familiar coloquio, y visto muy de cerca, cara a cara... ¡Ah!... ¡No es cierto que la mayor parte de los hombres vistos así, pierden mucho de sus altos prestigios, que no son, a veces, más que una simple cuestión de perspectiva. ¡Cuántos! ¡Cuántos!... Mi vida está llena de desilusiones y desencantos, — de *chascos*, iba a decir, — de este linaje. Y lo que me cautivó más poderosamente en el Auditor Reig y Casanova, fué a la par que el aire de una gravedad digna sacerdotal, — no esa gravedad agresiva, estudiada, histriónica, de muchos *buenos*, o que a sí propios se llaman buenos, — y de una cierta melancolía, inconfundible y contagiosa, — la melancolía, «esa reina de las almas nobles, a las cuales toca, sin que ellas sepan cómo ni por qué, en una secreta hora inesperada», como Lacordaire dijo, — y su distinción realmente prócer, y la decorosa sencillez de su trato, su modestia, su mucha modestia, que le ha aureolado y aqúistado simpatías innúmeras, desde sus años mozos, según me han dicho los que le conocieron en los días aquellos, y que cada vez le nimbaba y le realza con más puros fulgores, aún puesto sobre el pavés, en los cargos y ministerios preeminentes de la Iglesia, y, en la hora de ahora, cual Jerarca supremo de la Iglesia española... ¡Su modestia! ¡Su característica, su proverbial modestia!... ¡Cómo me atraen a mí, con qué fuertes imanes misteriosos, esas modestias, sinceras, diáfanas, *modestias de verdad*, tan distintas de esas *falsas modestias* que hoy privan, falsas, hipócritas, taimadas, repugnantísimas! ¡Cómo se me va el corazón tras de ellas, tras de las modestias genuinamente cristianas, que tanto contrastan con el vano engreimiento, con las egolátricas soberbias, con la *pose* ridícula, con la hinchazón misera de muchos *altos*, — y de muchos *bajos*, — de los que menos valen, cuyo trato repudia dignamente toda alma superior y bien nacida! Las cristianas, las amables y queridas modestias, que Dios quiso que yo admirara muy de cerca, siendo niño, en el Obispo bueno de la *Ciudad triste* en que nací, Don Benito Sanz y Forés, Cardenal más tarde de la Romana Iglesia, y valenciano, como el señor Reig y Casanova. Las que admiré, de joven, en otro Príncipe de la Iglesia, pensador profundo, filósofo escolástico egregio, y, lo que más vale, hombre escarbo muy de bien; el Cardenal Fray Ceferino González y Díaz Tuñón; y en mis inolvidables amigos, dilectísimos, el Patriarca y Obispo Cardona y Tur, orador glorioso, y el Arzobispo López Peláez, polígrafo ilustre, a quien cerré los ojos en un postrer sueño... Las modestias que he admirado en las mejores almas, en los intelectos más excelsos, y en los corazones magnánimos con quienes, por circunstancias especiales de mi vida, he convivido desde mis años adolescentes; pues de mí sé decir que en todos los hombres grandes, en realidad de verdad grandes, que he tratado, en todos ellos vi esplendor, con claror sereno y apacible, una singular y cautivadora modestia, una rara modestia... Y en trueque, ¡qué necias y torpes pretensiones, qué femeninos orgullos inverosímiles, qué manía de exhibicionismo y de reclamo más impúdicos, en casi todos los que nada valen, ni moralmente, ni intelectualmente; nulidades con suerte, medianías procaces y endiosadas, a las cuales, por terrible desventura mía, tuve que acercarme, algunas veces, aunque pienso que ellos fueron los que se acercaron a mí!

¡Y cuál el historial de ese Auditor, Reig y Casanova, a quien vi por la vez primera puesto él en el púlpito del cenobio monjil del *Sacramento*, fundación de algún prócer munífico, cuyo apellido llevo; y en que ví muchas veces,

siendo yo joven, al poeta Zorrilla, oyendo la *Salve* de las buenas religiosas, en atardeceres tristes de invierno, y recordando, acaso, a su dulce *Margarita la Tornera*?... ¡Qué había hecho hasta entonces el Auditor Reig, hasta aquel día del año 1906, en que cambié con él el primer saludo, y tuvo origen nuestra amistad, nuestra sincera e incommovible amistad, sin segundas intenciones, sin tramoyas, *la amistad por la amistad*, de la cual diríase — como de amistades de esta índole dijo un poeta francés, — «que no se contenta, no, con el tiempo, sino que aspira a la eternidad?... La amistad!... «ese algo divino, y el distintivo de los espíritus selectos, y la más alta de las recompensas visibles aseguradas en la tierra a la virtud, y a los hombres de corazón»; como Lacordaire ha escrito en su bello libro *Marie Madeleine*... ¡Qué había hecho!... Yo se lo dije, cuando le fué impuesta la birreta roja cardenalicia, el día 26 de Diciembre del año 1922, en la Real Capilla de Palacio. Yo le dije esto:

... Porque predestinado por el cielo,
fuisteis un buen pastor, a lo divino,
y de todos los miseros consuelo.
Sembrásteis luz y paz en el camino,
fiel cumplidor de vuestro gran destino...
Y antes de que por Dios fuésteis llamado,
cuando advino la hora, a la elevada
misión episcopal, habíais sembrado,
en Toledo, en Madrid, ¡siembra sagrada!,
y en mi dulce Mallorca, bien amada...

¡Cuánto había hecho de bueno, de evangélico, antes de venir al Tribunal Supremo de la Rota, el señor Reig! ¡Qué ópima siembra espiritual la suya, desde el instante en que sintió en su alma el llamamiento célico de la gracia, requiriéndole amorosamente a consagrarse, *et in aeternum*, al Real sacerdocio de la Nueva Ley! Y hubo de sentir ese llamamiento, allí, en su tierra edénica levantina; al pie, acaso, del altar sacro de su Virgen y Patrona benditísima, la *Maxe de Deu dels Desamparats, Mare dels Afligits*, a quien había de coronar un día, como Arzobispo, en fiestas de inmortal recuerdo.

¡Qué había hecho el Doctor Reig y Casanova?... Pues había brillado, esplendorosamente, *super candelabrum*, antes de venir a Madrid, en su amada Valencia, y ya a poco de ser unido con la ordenación sacerdotal. Y brilló en Palma de Mallorca, *esa canastilla de flores*, como Castelar dijo, hablando de Raimundo Lull, en su contestación a Balaguer, al entrar éste en la Academia de la Lengua; en la hermosa Palma, coronada por horizontes semi helénicos, y arrullada mansamente por el *mare nostrum*; en la *roqueta* ilustre, donde el señor Reig fué Provisor y Vicario General del Obispo Cervera, y canónigo de la Seo. Y brilló en Toledo, en cuya Catedral, — expresión acaso — ha dicho alguien, — la más gallarda y rematadamente bella que del religioso arte existe en el mundo, — fué Arcediano, al propio tiempo que ejercía el cargo de Provisor del Cardenal Sancha. ¡Y cuál supo demostrar el canónigo Reig, en todos esos elevados puestos, su discreción, su probidad severa, su tacto, su prudencia singularísima; su sentimiento de virtud y de humanidad, que le aquistaba la estimación pública; su alto espíritu de justicia, su maciza y bien cimentada sabiduría canónica, que hace de él uno de los más conspicuos canonistas de nuestra época!... ¿Quién, de los devotos de estas eclesiásticas disciplinas, no conocen las esías admirables monografías del señor Reig, coleccionadas, luego, en un libro, «Cuestiones canónicas»? ¿Y quién no ha leído su otro libro, de la misma índole, oportunísimo e interesantísimo; «Presente y porvenir económico de la Iglesia Española», libro que obtuvo un clamoroso y merecido éxito de librería y de prensa?...

Y hubo de dejar con honda pena, el canónigo Reig, a Toledo; porque la regalada paz, y el tranquilo y espiritual ambiente, cual de un gran monasterio, que allí se respira, se desposaban en feliz eúritmia con su modo de ser, grave,

recogido, enamorado, a la continua, de la soledad, «sin la cual nada grande se hace», como Lacordaire dijo. Y además, porque dejaba en el Campo Santo de la imperial Ciudad, adormida en el sacro polvo, hasta el día de la resurrección de toda carne, a su buena madre, modelo y ejemplar perfectos de las señoras cristianas de antes, a la antigua española. Y a la Corte vino; y en la Corte comenzó a desplegar, apenas posesionado de su plaza en la Rota, su celo infatigable, en su nuevo puesto; en el libro, en la dirección de la Academia universitaria católica, y en la de la revista prestigiosa *La Paz Social*; o anunciando el verbo de Dios a los hijos del hombre, en solemnidades eclesiásticas, como en los *reviernes* del Santísimo Cristo del Desamparo, en la Iglesia de San José, como en el templo de San Francisco el Grande... ¿No puede decirse, no debe decirse del Cardenal Reig, que posee aquellas sublimes dotes que para los buenos oradores exigía el Doctor meliflúo, San Bernardo; la oración, la palabra y el ejemplo; como recordaba en ocasión memorable mi fraternal amigo el actual Obispo de Jaca? ¡El buen orador, «que dice cosas grandes», como San Agustín quiere, *dictor rerum magnum!*...

Mas los destinos del señor Reig y Casanova no estaban aquí, en la Corte de España. Un hombre,—como decía Lacordaire,—«tiene siempre su hora, y basta que la aguarde y que la oiga, y que no haga nada contra la Providencia». Y la suya, la hora del Doctor Reig, había sonado ya... Dentro de sí debió sentir, en la sazón esa, un poderoso aliento, una inspiración, una solemne voz de lo alto, que le decía: *¡adelante!*... ¡Tenía alas que extender, tenía aire que las moviera, tenía el espacio indefinido ante su vista; tenía sobre su cabeza la predestinación de Dios!

Y como había dejado a Palma de Mallorca, y sus soledades de Toledo,—el sitio acaso predilecto de su alma en la tierra,—tendrá que dejar también a Madrid, para presentarse, campeón de Cristo, sobre los fulgurantes solios de la prelatía dignidad, en medio de los estruendos de la lucha, e impulsado por móviles iguales a todos cuantos han determinado las acciones más bellas y más loadas de su existencia. Y fué Obispo, en días trágicos, de Barcelona; y fué su episcopado cual un suave resplandor de caridad. E hizo buena entonces, el Obispo, la verdad de estas palabras de Vanvernaegues: *Les grandes pensées, viennent du coeur*. Y fué más tarde Arzobispo de Valencia; y la memoria de su pontificado, entre sus paisanos, perdura allí, y habrá de perdurar, amada, venerada, hasta el día postrero de los siglos... Decir ahora hasta adonde llegaron las actividades apostólicas suyas, en esa época, sería cuento de nunca acabar, y exigiría un libro, varios libros. Y lo que estoy escribiendo, es un artículo. Pero hay algo acontecido en Valencia en los días de Arzobispo del señor Reig, hay algo que no me resigno, no, a pasar en silencio; porque si yo callase, hasta las piedras de la bellísima ciudad del Turia hablarían... Y la palabra del *Rabbi* celeste, una vez más sería cumplida: *Si his tacuerunt, lapides clamabunt*. ¿Tendré necesidad de decir que quiero referirme, que me estoy refiriendo, a la Coronación, por el Arzobispo Reig y Casanova, de la Virgen de los Desamparados, el 12 de Mayo del año 1923? El Doctor Reig coronó a la Virgen de los valencianos, y madre de todos los sin ventura; y la coronó llorando. Y tal vez llorando escribí yo, a ruegos del Arzobispo, el artículo de la *Mare dels Desamparats*, publicado en Valencia, en el *Diario*, en la víspera del gran día. ¡Fiestas de la Coronación!... Y de la Coronación de la Virgen, al rumor de las olas, que en ese día debieron mostrarse más acariciadoras y suaves que nunca; entre las fragancias de aquellos vergeles paradisiacos, que le ofrecían sus inciesos más puros; besada por los leves y serenos aires, impregnados del aromoso aliento de esos jardines; al esplendor divino de los mágicos cielos, los que circuyen a la *Immaculada* de Ribera, el *Españoleto*; al rumor de las oraciones y de los suspiros de las almas buenas, que lloraron entonces sus mejores lágrimas; y al son de los órganos catedralicios, y de las concertadas músicas orquestales, y de las angélicas voces de los niños *seises*... ¡Fiestas de la Coronación!... Su inmortal recuerdo, ¿no es cierto que habrá de conmovier y de exaltar los huesos, abatidos y humillados, de muchos, en el fondo de las olvidadas tumbas, cuando en ellas yazgan?

En las postrimerías de su estancia en Valencia, dió el señor Reig una pastoral notabilísima, acerca de la *Inmoralidad contemporánea*. Su voz, orientadora, apacible, evangélica, se dejaba oír, como proveniente de regiones más puras y más claras, sobre los turbulentos y cenagosos oleajes de todas las más nefandas concupiscencias, «puestas en vértigo y en delirio»,—como diría Donoso,—que hoy conturban e infaman al universo mundo. ¡Qué hermosa, qué actual, la pastoral esa! «Pues qué,—pregunta en ella el Arzobispo, a presencia del universal y hórrido estrago,—¿no precedió siempre a las más terribles catástrofes, la corrupción de las gentes que las padecieron?» Leedla, sino la habéis leído, esa pastoral, llena de bondad y de humanidad, en que se señalan certeramente, bizarramente, a la par que los males del siglo, los remedios que pueden conjurarlos...

Y la historia prelatía del Doctor Reig, va muy de prisa... Porque apenas ido de Arzobispo a Valencia, la divina voluntad quiso complacerse tiernamente en él, exaltándole a la Primacia de la Iglesia hispana, como Cardenal Arzobispo de Toledo... ¡Qué día, qué inolvidable día, el de su entrada en esa sacra metrópoli, como sucesor de San Ildefonso y de Cisneros! Yo quise ofrendarle, con ese motivo, al Cardenal Primado, mis leales sentimientos amistosos. Y así le dije, en una modesta poesía:

*Hoy no es sólo mi voz la pregonera
de vuestra clara gesta, amigo amado;
es Toledo, que aclama a su Primado,
quien la bendice por la vez primera.
... Mendoza, Loaisa, Sandoval,
Lorenzana, Albornoz,—¡qué magna vida!
Portocarrero... os dan la bienvenida
desde sus tumbas de la Catedral...
¡Oh, insigne Cardenal!... que no sea vana
esa tierna esperanza generosa
que en voz pone Toledo, y que en hermosa
realidad se convierta, en el mañana.
Sembrad amor, sembrad evangelismo,
¡siembra santa y tenaz de cada día!
en frente de la vil tartufería,
y del protervo y mísero egoísmo.
Que sea la caridad quien os oriente,
y vuestra desposada la justicia;
que en la autoridad vuestra, prelatía,
fraternicen lo justo y lo clemente.
Separad bien el trigo y la cizaña,
los corderillos de los lobos crueles,
el oro, de los vanos oropelos,
mal de la religión, ruina de España.
Que vuestro amigo predilecto sea
el sencillez, el humilde, y el que llora,
como lo fuera, en una inmortal hora,
del Buen Maestro de la Galilea...*

No, no fué vana esa esperanza, de que yo le hablaba al Cardenal Reig. No lo fué, no pudo serlo, gracias a Dios... Y en Toledo, de donde él salía hace años para la Rota, de su monástica casita de San Bartolomé, en la que yo he vivido, en uno de los rincones más poéticos e interesantes de la *Ciudad romántica*; en Toledo está siendo el Cardenal Primado, lo que fué siempre, lo que fué en Barcelona, lo que fué en Valencia: un Prelado dignísimo y buenísimo, modesto hasta lo increíble,—no me cansaré nunca de ensalzar su modestia,—sencillo, afable con todos, especialmente con los humildes, con los tristes, sin valedor ni amparo alguno humano sobre la tierra; un verdadero padre de los pobres, un amigo de todos sus sacerdotes, los del Cabildo, los de la ciudad y de la Archidiócesis, un *Pastor bueno*... Y esto, basta... Y permitidme creer que para Toledo ha querido reservar el señor Reig, los tesoros todos de su bondad, y de su intelecto; y hacerse, como sé que está haciendo, *todo para todos*.

Y he aquí que cuando esto escribo, me trae el cartero la nueva *Carta Pastoral* del Cardenal Reig y Casanova, con motivo del *excargo de la Dirección suprema de la Acción social católica, en España*, dirección que le confiere el Papa Pío XI. No puedo, pues, hablar de ella ahora, con conocimiento de causa. Otro día será, si Dios es servido. Al hojear rápidamente esa Pastoral, leo estas palabras, que quiero transcribir aquí: *todos los hombres son hermanos, y cada cual debe a sus semejantes sus recursos, de cualquier naturaleza que ellos sean. Una sola desigualdad hay, en orden a las obligaciones de caridad, entre los privilegiados de la fortuna, del talento, de la posición, y los débiles y necesitados. Y esa desigualdad consiste en*

que aquéllos deben dar, y deben darse, con mayor abundancia y mayor abnegación, en beneficio de éstos...

Yo no puedo—el espacio me falta,—seguir enumerando los rasgos todos, ni aún los más culminantes, del historial de Prelado del Doctor Reig. Ni puedo detenerme a hablar cual yo quisiera, de su discurso, celebradísimo, en el Senado, acerca del presupuesto eclesiástico, siendo él Obispo de Barcelona. Ni de sus conferencias, en su clase de estudios sociales femeninos, en la Academia universitaria católica; ni de los otros, en la Semana social de Barcelona, en el año 1910. Ni, tampoco, de su actuación al frente de la *Revista Parroquial*, por él fundada; ni en la *Asamblea de sacerdotes, consiliarios y directores de obras*; ni de su espíritu en absoluto sacerdotal, que hace de él un *embajador vivo de Dios*, como hubiera dicho Bossuet, el hombre que habló más dignamente de Dios a los hombres.

Y está continuando dichosamente la gloriosa historia de los Arzobispos de Toledo, cuyos retratos he contemplado incontables veces, en la Catedral Primada, en su Sala Capitular, prodigio del alarife mudéjar, y cuyo plano fué hecho por Enrique Egas y Pedro Gumiel, a principios del siglo XVI.

Y están, pintados nada menos que por Juan de Borgoña, desde el Arzobispo San Eugenio, hasta el Arzobispo Don Alfonso de Fonseca. Allí véis a Montano, a San Ildefonso, el *Capellán de la Virgen*; a Don Bernardo, el cluniacense, a Don Rodrigo, el historiador, a Don Gil de Albornoz, quien reconquistó, en tierras de Italia, todo el patrimonio de los Papas, cautivos en el palacio de los *Doms*, de Aviñón, y fundador del Colegio hispano de Bolonia. Allí, Don Pedro González de Mendoza, el *tercer Rey de España*; y Cisneros, el *primer político*, superior a Richelieu, a Mazzarino, y a Giulio Alberoni; y Martínez Guizarro, *Siliceo*, maestro de Felipe II; y Tabera, el amigo y protector del Greco, y quien presidió el cortejo fúnebre de la Emperatriz Isabel, la de las tres gracias; y Tenorio, el magnífico, y Portocarrero, el diplomático, y Don Gaspar Quiroga, el inquisidor, y Don Guillermo de Croy, el flamenco, y Don Francisco III Lorenzana, el Mecenas fastuoso; y Don Bernardo de Sandoval, protector de Cervantes; y el Cardenal de Borbón, Don Luis II, con sus claros ojos azulinos, y su peluca blanca; y Don Pedro Inguanzo, astur, canonista eximio, aunque no hubiera escrito más que su libro *De la Confirmación de los Obispos*, y que logró en un Cónclave votos para el Papado; y Bonel y Orbe, el erudito, y Don Juan Ignacio Moreno, el político, y Don Miguel Payá y Rico, el teólogo, y Don Antolín Monascillo y Viso, el orador de evangélico verbo, el diputado eloquentísimo de las Constituyentes españolas; y Fray Ceferino González y Díaz Tuñón, el filósofo; y Don Ciriaco María Sancha y Hervás, el emprendedor denodado; y el franciscano Aguirre, el eremita; y Guisasaola y Menéndez, el periodista en el diario *La Unidad*, órgano del carlismo ovetense, allá por los años en que yo venía al mundo... Y de ayer fué el Cardenal Arzobispo Don Enrique Almaraz y Santos, el *teresianiano*,—en faz de la Capilla de Santa Teresa de Jesús soterrado está, en la Catedral de Toledo,—cuyo recuerdo unido va a algunas fechas de dulcísima melancolía de mi vida, siendo él Deán de la Catedral esta de Madrid, y visitándole yo casi todas las noches, en su recogida casa de la *calle de la Colegiata*, donde hablabamos, *ex abundantia cordis*, de muy espirituales idearios, sobre todo de exégesis bíblicas, estudios predilectos míos en esos años, y que mucho a él le placían...

De todos esos Arzobispos de Toledo, y de los más prestigiosos de todos ellos, continuador es, por eminente modo, el Cardenal Reig y Casanova. *Ad multos annos*. Hace muy pocos días, y escribiendo en estas mismas columnas de *VIDA ARISTOCRÁTICA*, del cristiano tránsito, en Italia, de la madre del señor Nuncio, Tedeschini, recordaba, parafraseándolas, unas palabras que Aparisi y Guizarro dijera de una santa Princesa de Parma. *¡Dichosos los hijos que la tengan por madre!*... decía Aparisi. *¡Dichosos—diré yo,—los pueblos que tienen por Pastores a Prelados como el Cardenal Reig y Casanova!*...

ADOLFO DE SANDOVAL.

Marzo; 1924.

PAGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

PULGARCITO Y TRAGABUCHES

UNA mañanita de Primavera, con todo el bosque lleno de hojas verdes y de florecillas multicolores, Pulgarcito—¿os acordáis?—fué a llevar la comida a su padre.

Los pajarillos ya le conocían y como él comprendía, a su vez, el lenguaje de los pájaros, sostenía conversaciones por el camino.

Doña Urraca le habló del tordo y éste de dos tortolillas que habían tenido una cuestión sobre alquileres de un nido con un cuco que nunca pagó al casero.

Charla que charla, Pulgarcito llegó por fin a un claro de la selva donde su padre, sentado sobre un hermoso tronco, que acababa de derribar, esperaba, impaciente, la llegada del almuerzo.

—¡Aquí estoy, padre miol— exclamó el pequeño apenas le vió.

Conque se pusieron a comer con un apetito digno de mejores y más abundantes platos.

Cuando acabaron, Pulgarcito besó en un pie a su papá—porque, ya lo sabéis, era tan chico, tan chico, que no llegaba a la altura de una pierna,—y luego reservándose las migas de su pan para sus amiguitos los pájaros, emprendió el regreso a la casa.

Pero por más que andaba y andaba, no veía ni un mosquiterillo por el bosque.

—¿Qué habrá pasado?— preguntábase.

En esto, volando a todo volar, pasó por encima de los árboles una paloma y le dijo al cruzar:

—«Rur-rin-ren-rum». «Rur-rin-ren-rum». Que en lenguaje columbófilo quiere decir. «¡Ten cuidado!» «¡Ten cuidado!».

Pulgarcito dió las gracias por la advertencia; pero no tembló, porque todo lo que le faltaba de estatura, le sobraba de valor. Por eso siguió andando como si tal cosa.

Ya estaba en la mitad del camino, cuando se le apareció una liebre blanca y parándose sobre sus patitas traseras le habló así:

—¡Ay, Pulgarcito querido! ¿No sabes? ¡Soy muy desgraciada!

—¿Qué te sucede, pues?

—Me sucede que yo tenía junto a la fuente del álamo negro mi camita con cuatro hijitos, y en un rato que falté de allí para ir a buscar unas hierbecillas frescas junto al arroyo, llegó un gigante terrible, con unos bigotazos así, y unas barbas, y unas botas de montar tan grandes como un pino, y unas manotas, y unas...

—¡Basta!— exclamó Pulgarcito—. Me figuro quién debe ser. ¡Continúa!

—Pues, como te digo, llegó resoplando, tan ferozmente, que los árboles del bosque se doblaban como cuando en el invierno los abate la furia del vendaval. Luego se sentó junto a mis hijos; los contempló con ojos saltones; se relamió de gusto y murmuró por fin:— «¡Buen desavuno!» Al oírlo, yo que estaba escondida detrás de una piedra, salí para suplicarle que respetara a mis hijitos; pero el gigantón, lejos de escucharme, alargó una de sus manazas, agregando:— «¡Magnífico postre!» Entonces eché a correr en busca de auxilio

lo creol ¡Una madre por salvar a sus hijos qué no haría, sobre todo siendo liebre y dependiendo su salvación de sus patas! ¡Aquello fué volar más que correr!

—¡Ya estamos!—dijo el niño, apeándose delante de un arbolillo medio seco.

—¿Quién vive aquí?— preguntó la liebre.

—El más chico y el más grande de los enemigos: las hormigas.

—¿Las hormigas? ¿Pero qué harán estas infelices ante aquel gigantón, una de cuyas botas es capaz de acabar con toda una ciudad de hormigas?

—¡Eso ya lo veremos!—terminó Pulgarcito, poniéndose al habla con la reina del hormiguero y acordando que veinte de sus soldados diminutos, los más valientes y hábiles, se pusieran a las órdenes de la liebre y el niño.

Después de despedirse y dar las gracias, partieron las veinte hormigas y Pulgarcito sobre la liebre, que en otro decir «Jesús» se colocó junto al enorme Tragabuches que roncaba, como si cien truenos estallasen en el bosque a la vez.

Se apearon las hormiguitas y, siguiendo órdenes del niño, se repartieron por el cuerpo del gigante y comenzaron su obra de ataque por un picotazo en el cogote, que hizo dar un respingo a Tragabuches.

Pulgarcito y la liebre observaban bien ocultos entre unos tomillos.

A aquél picotazo siguieron otro en la pierna y otro en la barriga. El gigante lanzó tres voces y se puso en pie de un gran salto.

Con sus manazas trató de atrapar a sus enemigos, pero éstos se escurrieron y redoblaban sus pinchazos, hasta que Tragabuches salió corriendo como un loco en dirección a su palacio, donde le librarán de aquellos enemigos, para él microscópicos.

No sabemos lo que pasó después, porque las hormiguitas apenas entró en el castillo, abandonando su presa, tornaron a su hormiguero; más lo cierto fué que a Tragabuches no le quedaron ganas de volver por el bosque y que los pajarillos, la liebre, los conejos y la ardilla en prueba de agradecimiento regalaron a Pulgarcito, que tenía unos cabellos muy hermosos, pero poco ondulados, un frasco de la magnífica loción «Ondulina», de Floralia, con lo que ganó mucho más en belleza y simpatía.

Y, colorín colorado...

PRINCIPE SIDARTA.

TODAS LAS GRANDES ARTISTAS

PARA EMBELLECERSE Y QUE SUS ATRACTIVOS RESALTEN CON LA LUZ ARTIFICIAL, USAN EN SU «TOILETTE» LOS ULTRA-IMPALPABLES POLVOS DE ARROZ

FREYA

TONO MALVA

SE FABRICAN EN SIETE VARIEDADES: BLANCOS, ROSA 1 Y 2, RACHEL 1 Y 2, MORUNOS Y MALVA

PRECIO: 3,50 PESETAS

FLORALIA MADRID

y, como no encontrara a nadie, pues todos habían huido llenos de miedo, me acordé de ti y salí al camino para suplicarte tu ayuda.

Pulgarcito se quedó un momento sin saber qué hacer.

—Soy tan pequeño—pensó—que mis puños nada podrían contra ese feroz Tragabuches; pero Dios da astucia al que carece de fuerzas.

La liebre seguía llorando:

¿Qué va a ser, cuando despierte, de mis hijitos?

—No te apures—gritó de repente Pulgarcito—. Yo sabré librar a los tuyos. ¡Sígueme!

Conque la liebre, llena de esperanzas, echó a andar tras el niño; pero como éste a causa de su pequeñez avanzaba muy poco a poco, la liebre propuso:

—Mira, lo mejor que haríamos es que tú te montaras sobre mí y en una carrera llegaríamos a donde vayamos.

A Pulgarcito parecióle peregrina la idea. Así, pues, saltó sobre el lomo de la liebre y señaló el lugar al que había decidido ir. En un minuto llegaron. ¡Ya

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES
Arenal, 22 duplicado
Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELS
Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CABATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA - VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS - CRISTALERIA - LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVIL-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31. — MADRID. — Teléfono J. — 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ustolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LA MARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social. ... { 1.000.000 de pesetas suscriptas.
505.000 pesetas desembolsadas.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Supervivencia.
Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

— GRAN EXPOSICION DE MUEBLES —

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

0000000000

TELEFONO 29-5

DISCURSOS DE GRANDES DE ESPAÑA.

Continuamos hoy publicando discursos leídos por Grandes de España, en el acto de cubrirse ante S. M. el Rey en el mes de enero último.

El del duque de Almenara Alta.

«SEÑOR:

El que tiene la honra de llegar a las gradas del Trono, para que Vuestra Majestad confirme en su persona estos privilegios, que egregios antecesores de Vuestra Majestad confirieron a aquellos mis progenitores, que escribieron con su sangre y con sus hechos páginas de indecible gloria, en nuestra historia, es el jefe de la tantas veces ilustre Casa de Fivaller.

El origen de su Regia estirpe se pierde en la noche de los tiempos, y sus hazañas los hacen acreedores a las altas dignidades de la Patria.

Por enlaces sucesivos se une a lo más rancio de la aristocracia española e italiana. A través de los siglos, mis ascendientes prestan señalados servicios a la Nación y a la Monarquía.

No quiero cansar la augusta atención de Vuestra Majestad citando fechas, mencionando nombres y relatando hechos; pero no puedo sustraerme a la tentación de recordar la insigne figura del ilustre Conceller Juan Fivaller, que supo hermanar el valor con la prudencia, salvando las libertades catalanas sin mancillar el honor Real. Y si, en el Reinado de Fernando el de Antequera, manifestó grandes dotes de gobernante, no fué menos en tiempos de Alfonso V el Magnánimo, auxiliando a la flota aragonesa en Cerdeña cuando la expedición a Nápoles, donde perdió no solamente su hacienda, sino las vidas de sus doce hijos. Por este señalado servicio y otros muchos se le concedió el título de duque en 1420. «Admira—dice Zurita en los *Anales de Aragón*—su adhesión incomparable a dichos Monarcas.»

Mi tercer abuelo, que entre otros títulos ostentaba el de marqués de Vilhel (y hoy me honro llevándolo), título al que se le concedió la Grandeza de España por la heroica defensa que de la Villa de Molina hicieron sus abuelos en la guerra de Sucesión a favor de los Borbones, pidió al Rey Carlos IV confirmase el título que por vicisitudes de los tiempos dejaron de usar sus antepasados. La guerra de la Independencia y los azares de aquellas épocas demostraron cuán acreedor era a la merced de sus mayores.

Por el enlace de doña María de las Mercedes Fivaller y Centurión Orsini, marquesa de la Lápila con el marqués de Albranca, llevó como primer apellido el de Martorell, uno de los más esclarecidos de Cataluña, que toma su nombre del solar de aquella histórica villa. Caballeros en la epopeya de la Reconquista, asisten como primeros capitanes a la conquista de Valencia con Jaime I, y a la de Menorca con Alfonso VI, estableciéndose en la isla, y demostrando en el transcurso de siete siglos de luchas sin tregua un arraigado amor a España.

De la caballería, talento y lealtad de mi padre y sus hermanos, aun guarda vuestra augusta madre recuerdos que me honran.

Por el matrimonio de mi padre con doña Angélica Tellez Girón y Fernández de Córdoba, entran en mi Casa dos de los más ilustres linajes españoles: los de Osuna y Medinaceli.

Señor: Al dar a Vuestra Majestad las más rendidas gracias por la merced que me acaba de conceder, he de hacer presente que si no tengo más méritos que los heredados, también heredé con ellos los sentimientos de adhesión y fidelidad hasta la muerte. Por eso, Señor, me sentía orgulloso, cuando lejos de España, cumpliendo deberes militares y en días tristes para todos, acariciaba la idea de ser yo, en estos tiempos, quien siguiese la tradición de mi Casa de ser generoso con su sangre, para con sus Reyes y su Patria. La Providencia no quiso entonces poner a prueba mi fidelidad; pero puede estar seguro Vuestra Majestad que, llegado el momento, no iría a la zaga de nadie en la defensa de nuestra querida Patria y de nuestro Rey, que es uno de los más legítimos orgullosos de sus súbditos.»

El del duque de Santa Cristina.

«SEÑOR:

Mis primeras palabras han de ser de agradecimiento, por la merced que me dispensa al permitirme hoy que me cubra ante V. M. como duque de Santa Cristina, título concedido por el Rey Fernando VII a don Fulco Antonio Ruffo de Ca-

labria, por los méritos contraídos en Embajada extraordinaria, acompañando a la que después fué Reina Gobernadora doña María Cristina.

Por enlace de esta ilustre familia con la Casa de los duques de Medina-Sidonia, marqueses de Villafranca del Bierzo y de Los Vélez, condes de Niebla, y por la magnanimidad de Vuestra Majestad, osténtalo mi esposa, hermana del hoy poseedor de estas dignidades, mi padrino.

La circunstancia de haberse acercado muchas veces, en el transcurso de los siglos, a las gradas del Trono, en actos como el de ahora, tantos representantes de la noble Casa fundada por el defensor de Tarifa, y el resonar aún el eco de los servicios a la Patria que mi hermano y padrino hiciera no ha mucho, impúlsame a no cansar a Vuestra Majestad con el relato de hechos que solo ignoran los desconocedores de la Historia nacional.

La nobilísima venera de la Orden militar de Caballería de Alcántara, que ostento con orgullo sobre mi corazón, es muda señal de lo hidalgo de mi estirpe; pero más elocuente testimonio de cuanto yo pudiera decir de los servicios prestados a los Reyes vuestros antecesores, desde la conquista del Reino de Murcia y Lorca, por el Rey Don Alonso el Sabio, al que acompañara el que fué origen en Andalucía de mi linaje paterno; en los cargos militares de los regimientos de la costa, caballeros y consejeros de la Orden de Santiago y regidores perpetuos, por juro de heredad, de varias ciudades de la región granadina, siempre fieles, como sus hijos, a la Corona; y, por los maternos, se recuerdan los de aquella excelsa figura del conde de Florida-blanca; espejo de estadistas y leales vasallos.

El honroso uniforme de Caballería española, que visto, me excusa de hacer ante Vuestra Majestad, en este acto, nuevas promesas; porque yo, ni un instante olvidé el juramento que hice ante la gloriosa bandera de mi Patria,—emocionado hasta lo más profundo de mi ser, a poco de vestir por primera vez ese uniforme, y que hoy ratifico ante las gradas del Trono,—de dar, Señor, si necesario fuese, hasta la última gota de mi sangre por servir a mi Patria y a Vuestra Majestad.»

El del conde de Los Llanos.

«SEÑOR:

La prematura muerte de mi hermano mayor don Fernando, es causa de que, en corto espacio de tiempo, el conde de Los Llanos venga de nuevo a tener el alto honor de cubrirse ante Vuestra Real Persona.

Represento, por tanto, una familia que vuestros antepasados juzgaran oportuno ilustrar, premiando con ello los sacrificios, la inteligencia y la esplendidez proverbiales y notorias de mi abuelo paterno el primer marqués de Salamanca, título que me enorgullece llevar, porque significa tanto como protección a las artes, las ciencias, la literatura, el trabajo y las industrias españolas, y porque es símbolo que encarna patriotismo y generosidad, al aparecer unidos siempre, a todo lo que durante su vida, y la de mi padre, fué adelanto y progreso, dotando a su país de grandes y desconocidas riquezas.

Pero si son muchos, Señor, los honores y las mercedes que los míos deben a sus Soberanos, permitidme que aproveche este momento solemne, para decir que ninguno puede igualarse al concedido por Vuestra Majestad a mi madre la condesa de Zaldivar, confiándole el cuidado de vuestros augustos hijos, y más especialmente que velara por la educación, en su infancia, del Príncipe de Asturias, el heredero de la Corona, cuyos sentimientos de nobleza y afabilidad innatos en él, y comprendidos por su aya, han sido puestos de relieve para que todos los reconozcan, con un empeño, un entusiasmo y una devoción sin límites, consciente de la delicada misión que se le encomendaba, y con la mirada puesta en sus Reyes y en España.

Señor: Si otras causas no me obligaran, las atenciones que Vuestra Majestad, que la Reina Doña Victoria Eugenia, y la Reina Doña María Cristina, vuestra madre augusta, dispensaron a la mía, hubieran despertado, en este fiel servidor, la más honda gratitud.

Yo procuraré, Señor, hacerme digno de esta gracia que recibo, siguiendo el ejemplo que mis

padres me han trazado, de respeto, de cariño y devoción a mi Patria y a mi Rey.»

El del marqués de Pontejos.

«SEÑOR:

Debo el presentarme ante Vuestra Majestad para cubrirme como Grande de España, al cariño de mi madre la marquesa de Miraflores, que hace poco me ha cedido el título de marqués de Casa Pontejos.

Este título fué concedido por el Rey Don Felipe V, el año 1728, a don Antonio de Pontejos y Anchia, caballero de la Orden de Santiago, gentilhomme de Cámara de Su Majestad, oriundo del lugar de Pontejos en la Merindad de Trasmiera, de donde sus antepasados tomaron su apellido. Algunos de sus progenitores figuran ya en la Conquista de Andalucía, formando parte de los refuerzos de la montaña, que acompañaron al Rey Fernando III el Santo en aquella empresa. Entre los que han ilustrado esta familia, citaré a don Juan de Pontejos, almirante de la Armada de la Carrera de Indias, cuya vida fué empleada en el servicio de la Patria y de la Monarquía, luchando contra los piratas que infestaban el Océano, siendo herido diferentes veces; a su hermano el capitán don Santiago de Pontejos, que sirvió en Flandes y en Africa, regando con su sangre aquellos territorios tan fecundos en heroísmos españoles; al alférez don Pedro de Pontejos, que sirvió a la Majestad de Felipe IV en la Armada del mar Océano, combatiendo contra las Galeras de Francia, donde perdió una pierna, continuando a pesar de ello sus servicios y mereciendo que Don Juan de Austria le nombrase, personalmente, capitán de infantería.

Fué 3.^a marquesa de Pontejos, D.^{na} Mariana de Pontejos y Sandoval, condesa de la Ventosa, cuya effigie inmortalizó el pincel de Goya.

Ella fué una de aquellas ilustres señoras a cuya iniciativa se debió un episodio de la lucha inmortal sostenida por España para defender su independencia, revestido con los caracteres de apariencia superficial, pero decisivo y trascendental en la lucha contra Francia.

Secundando admirablemente la iniciativa del pueblo gaditano de acabar a toda costa la Cortadura que impidiera el acceso de las tropas de Napoleón, organizó entre las personas que a su casa acudían una cuadrilla de trabajadores, de que formaron parte, entre otros, personas tan ilustres como el duque de Híjar, el marqués de Iturbeta, el conde de Salvatierra, Don Antonio Alcalá Galiano y el propio marqués de Pontejos, que lo era entonces don Fernando de Silva, que unidos a todos los vecinos de Cádiz, terminaron en poco más de una semana, la muralla del último resto de la Península que conservó su independencia. Ella, acompañada de otras señoras, llevaba por sus propias manos la comida a los nobles jornaleros, que dieron pruebas de un alto espíritu, ante la suprema salvación de la Patria.

La quinta marquesa de Pontejos fué mi abuela, doña Carolina Pando y Moñino Fernández de Piñedo y Pontejos, marquesa de Miraflores, heredera directa y poseedora del mayorazgo de don Sancho Dávila, generalísimo de mar y tierra, castellano de Pavía y Amberes, lugarteniente del gran duque de Alba en Flandes y Portugal, llamado en su tiempo el *Rayo de la guerra*.

La adhesión y lealtad de esta señora a vuestros antepasados son harto conocidas, y en su casa de la carrera de San Jerónimo se laboró no poco por la Restauración de S. M. el Rey Don Alfonso XII, vuestro augusto padre.

Para premiar estos servicios y los prestados por mi madre durante veinticinco años a S. M. la Reina Doña María Cristina, V. M. se dignó concederle la Grandeza de España el año 1916.

Por mi línea paterna pertenezco a los Alvarez de Toledo, de la Casa de Villafranca, que ilustraron la historia desde los comienzos del siglo XVIII, cuyos hechos van unidos a los de la inmortal ciudad que les dió su nombre y cuya amplitud es tal que no caben en los límites de este discurso; narrarlos equivaldría a repetir la Historia toda de España.

Al dar a Vuestra Majestad las gracias por la insigne honra que me acaba de dispensar, sólo me queda añadir que mi única ambición, mi mayor anhelo, han sido y seguirán siendo inculcar a mis hijos la misma fe en Dios, el mismo amor a su Patria y a sus Reyes que han tenido siempre los Alvarez de Toledo.»

FAMILIAS DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

EL CONDADO DE FLORIDABLANCA

En el Ritz, en el Real, en el Club de Puerta de Hierro y en cuantos sitios frecuenta ahora la sociedad madrileña, llama la atención la figura gentil y simpática de una recién casada, que es, por la posición social que hoy ocupa, una de las damas aristocráticas llamadas a brillar más en los salones de la nobleza de Madrid.

Me refiero, como habrá adivinado el discreto lector, a la condesa de Floridablanca; hace pocos meses casada con el joven prócer poseedor de este título.

Se llama ella doña María Ussia y Díez de Ulzurru, y es la única hija de los marqueses de Aldama. De soltera llevó el título de marquesa de Colomo, figurando ya, desde hace cuatro o cinco años, en todas las fiestas aristocráticas de importancia.

En Madrid conquistó bien pronto la bella marquesa de Colomo popularidad como propietaria de una excelente cuadra de carreras de caballos, con la que obtuvo en los Hipódromos de Aranjuez, Madrid y Lasarte varios importantes premios. Los colores de la cuadra de la encantadora marquesita, contaban siempre con la simpatía del público, y justo es decir que, en muchas ocasiones, los jockeys y los caballos hicieron todo lo posible por dejar en buen lugar el prestigio de su señora y dueña.

El invierno pasado se hizo público el próximo enlace de la señorita de Aldama. El amor se metió en el campo acotado por la afición hípica y dejó de verse con la misma frecuencia en los Hipódromos a la futura condesa de Floridablanca, porque el apuesto joven que pretendía su mano no era otro que don José María Castillejo y Wall, poseedor de ese condado y representante de una de las más ilustres familias españolas. Su madre es la condesa de Armidez de Toledo y sus hermanos el conde de Arenales y la actual duquesa de Almenara Alta, por su matrimonio con don Francisco de Martorell y Tellez Girón.

El condado de Floridablanca evoca el recuerdo de aquel ilustre político a cuyo nombre va unida la época de mayor florecimiento del reinado de Carlos III. Fué don José Moñino y Redondo una de las figuras más relevantes de aquel tiempo, y téngase de él la idea que se tenga—por su intervención, si no en la expulsión de los jesuitas de España, que fué obra del conde de Aranda, en las consecuencias de dicha expulsión en su calidad de embajador cerca de la Santa Sede,—lo indudable es que fué un extraordinario hombre de gobierno y un gran patriota, al que la Monarquía debe inestimables servicios y al que la Patria ha de estar eternamente reconocida. Hijo de familia hidalga, si no rica—entre sus antepasados se contaron don Alfonso Moñino, mayordomo mayor que fué de Enrique III, y don Toribio Moñino y su hermano, ambos caballeros de Santiago y héroes defensores del castillo de Britar, contra los moros,—desde muy joven demostró don José Moñino una inteligencia extraordinaria. Primero en Murcia, su ciudad natal, y luego en Granada y Madrid, conquistó pronto fama de hombre no vulgar. Su bufete de abogado se hizo célebre, y ello fué causa de que fuese nombrado fiscal del Consejo de Castilla. Los méritos que durante varios años evidenció en el ejercicio de este cargo, le valieron el nombramiento de embajador cerca de Su Santidad. Y fueron tales los éxitos que allí obtuvo—sirviendo la causa del Rey Carlos III,—que cuando regresó—ya había marchado a París el conde de Aranda.—Su Majestad le nombró Presidente del Consejo.

El largo periodo de su mando marca una época de prosperidad de España; y eso que tuvo que atravesar por una cruel guerra, en la que si bien España no logró el objetivo que se proponía sobre Gibraltar, si consiguió la reintegración de la isla de Menorca; la posesión de las dos Floridas y el dominio absoluto de toda la costa de Honduras y Campeche, hasta el país de los

Mosquitos, inclusive. Desde los tiempos de cesáreo esplendor no había concluido España un tratado de paz semejante a éste, concertado con Inglaterra.

En el interior, el Gobierno de don José Moñino señalóse por una serie de atinadas reformas y mejoras en todos los órdenes, unas de efecto inmediato y otras mirando al porvenir. Fomentó la agricultura y, de un modo notable, la industria, suprimiendo las aduanas regionales y construyendo más de 300 leguas de «camino reales». A él se debe también el aumento de nuestra Marina, la creación de la gran Compañía de Filipinas y la fundación del Banco de San Carlos. Y en su tiempo se construyeron una porción de edificios y monumentos que son hoy orgullo de nuestras ciudades españolas.

RETRATO

Un retrato te ofrecí
y obligado estoy por ello;
¡ay! quién fuera Claudio-Coclo
para pintar lo que ví.

Ser pintor es hoy mi loca
aspiración de poeta
pero, ¿tendrá mi paleta
los colores de tu boca?

Yo ví un rostro peregrino,
un cuerpo breve y gentil,
un delicioso perfil,
y un antebrazo ambarino;
ví unos ojos que al mirar
no sé bien lo que decían;
tan sólo sé que tenían
belleza y gracia sin par.

¡.....!
Con tan precioso modelo
¿cómo tuve tal descaro?
perdón mil veces, Amparo:
Tu retrato está en el Cielo.

RAFAEL FERNÁNDEZ-SHAW.

Muerto Carlos III, siguió disfrutando de la regia confianza, siendo en Aranjuez objeto de un atentado, del que resultó ileso. De regreso de París el conde de Aranda, fué destituido Moñino y luego encarcelado. Pero apenas subió al Poder Godoy, Carlos IV volvió a colmar de honores a su antiguo primer Ministro. Cuando éste falleció en Sevilla, en plena guerra de la Independencia, tenía consideración de Infante y tratamiento de Alteza y poseía las más altas condecoraciones españolas.

El condado de Floridablanca le fué otorgado por Carlos III, como premio a sus servicios como embajador en Roma. El nombre del título fué escogido por el propio Moñino, que escribió al Ministro Grimaldi: «En lo que toca al título

con que el Rey quiere favorecerme, me parece tomarlo de un pedazo de tierra que posee mi casa, llamado Floridablanca.» Esta hacienda, comprada por Moñino con los ahorros de su bufete, en el partido murciano de Alquerías, tenía su «torre» o casa formal de labranza y recreo. Ahora suele llamarse *la Florida*; en el siglo pasado vino a ser propiedad de los señores de Zabálburu, y hoy lo es de sus hijos los condes de Heredia Spínola.

Muerto sin sucesión directa, a los ochenta y tantos años, el ilustre conde de la Floridablanca—fué enterrado en la Catedral sevillana, junto al sepulcro de San Fernando—pasó su título a su sobrina carnal doña Mariana Moñino Pontejes Redondo y Sandoval, hija segunda de los marqués de Pontejes, y condes de la Ventosa.

Esta señora contrajo matrimonio con don Francisco de Paula Castillejo y Ahumada, caballero veinticuatro de Granada y de su Real Maestranza. De este enlace nacieron: una hija, doña María de la Soledad, que casó con don José Manuel Herreros de Tejada, siendo padres de la que luego fué condesa de Vilana, y don José María, que fué el tercer poseedor del título.

Este ilustre prócer, nacido en Granada en 1826, era grande de España de primera clase, maestrante de Granada, senador vitalicio en el reinado de doña Isabel y gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre de don Alfonso XII.

De su enlace con doña María de los Dolores Sánchez de Teruel y Ansotí, condesa de Villamena de Cozviyar—única hija de don Juan Bautista Sánchez de Teruel, procurador a Cortes por Granada, y de doña María Josefa Ansotí,—tuvo varios hijos: doña Mariana; doña María de los Angeles, casada con el marqués de Valdeñores; doña María de los Dolores, don Juan Bautista y doña María de las Mercedes, esposa de don José María Márquez.

Don Juan Bautista Castillejo y Sánchez Teruel, IV conde de Floridablanca, nacido en Madrid en 1860 y fallecido no ha mucho, fué doctor en Derecho y maestrante de Granada, y era persona que gozaba de grandes simpatías en la sociedad madrileña. Eligió por esposa a una distinguida dama, que hoy sigue siendo muy estimada y querida: doña María de la Concepción Wall y Diego, condesa de Armidez de Toledo, hija de don Isidro Wall y Alfonso Sousa de Portugal, poseedor de este último título, y de doña María Luisa Diego, marquesa de la Cañada.

Hijos de este matrimonio, del cuarto conde de Floridablanca, son: doña María Luisa, actual condesa de la Fuente de Saucó; don José María, que en vida de su padre llevó el título de marqués de Mejorada del Campo; don Isidro, conde de Arenales, casado con una hija de los duques de Aveyro, y doña Dolores, doña Concepción, doña Consuelo y doña Mercedes; una de ellas, la actual duquesa de Almenara Alta.

Al fallecer don Juan Bautista Castillejo, heredó el condado de Floridablanca don José María, que es el poseedor actual y el recién casado con la bella y gentil marquesa de Colomo.

Además de esta rama de herederos de don José Moñino, hay otras que ostentan este famoso apellido y que se honran con tan preclaro ascendiente. Una de ellas es la de la familia del marqués de Acedo; éste lleva el apellido de Moñino en cuarto lugar.

Un don Matías Moñino fué ilustre militar, sobrino de Floridablanca, que se distinguió por su heroísmo en la defensa de Zaragoza, sitiada por los franceses. Como artillero fué famoso después por sus conocimientos técnicos.

En Murcia, en Madrid, en el Escorial—que debe gran parte de su embellecimiento al primer Ministro de Carlos III—y en otras poblaciones españolas, existen calles importantes con el nombre del conde de Floridablanca.

Sigan sus actuales poseedores enalteciendo el condado con actos que, sin duda, serán, como cumple a tan noble matrimonio, beneficiosos para su Rey y para su Patria.

DIEGO DE MIRANDA

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
Glaces—Caramelos finos.

Cajas para Bodas
SALON DE TE

Serrano, 28